

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
DEPARTAMENTO DE TRABAJO SOCIAL
Tesis Licenciatura en Trabajo Social

**Viejas complejidades:
nuevos desafíos de intervención para el Trabajo Social**



María Ana Dorssi
Tutor: Mariana Aguirre

2007



NOKIA

Por más retoques que le hagas, el paso del tiempo siempre se nota.
No compres un celular reacondicionado. Viví hoy.

NO 
AL CELULAR 
REACONDICIONADO

Índice

<u>Tema</u>	<u>Página</u>
Introducción	1
Capítulo Primero	
Datos Demográficos y Socioeconómicos	4
Capítulo Segundo	
Construcción Subjetiva: Prejuicios respecto a la vejez	13
Aproximación al concepto de vejez	18
Capítulo Tercero	
Aportes metodológicos para el análisis	23
Capítulo Cuarto	
Vejez y quehacer profesional.....	30
Reflexión entorno a la realidad de los adultos mayores en Uruguay como desafío de intervención para el Trabajo Social	38
Consideraciones finales	44
Bibliografía	47
Fuentes documentales	49

INTRODUCCIÓN

Este trabajo, enmarcado en la licenciatura de Trabajo Social de la Facultad de Ciencias Sociales (Universidad de la República), corresponde a la monografía final a ser presentada al término de la preparación curricular de dicha licenciatura.

Respecto a la elección del tema a analizar, destaco el interés personal que lo motiva, así como la consideración de su relevancia en relación a nuestra disciplina. Cabe señalar sin embargo, que dicha elección se plantea desde una postura que pretende reconocer sus propios límites; es decir, teniendo en cuenta que la realidad es rica y diversa, considero un contrasentido pretender encontrar respuestas acabadas a los interrogantes que nos motivan. La propuesta se orienta entonces a posibilitar una contribución más a la temática planteada, apostando a una visión que desde nuestra disciplina ahonde en su conocimiento y problematización.

Presentación del tema: El propósito de este trabajo se orienta a la trasmisión del proceso reflexivo desarrollado respecto a la temática del adulto mayor en nuestro país, posicionándonos desde el Trabajo Social como disciplina.

En el Uruguay actual, el tema del envejecimiento incrementa su trascendencia, con una realidad demográfica que evidencia el proceso a través de indicadores similares a los países europeos. Y si bien ello representa un logro que responde a distintos factores (avances en la prevención y atención de salud, mejoras en la calidad de vida a través del confort, etc), supone también un desafío¹. Se comenzará por ello el trabajo realizando una breve reseña de datos sociodemográficos para conocer las condiciones que caracterizan a Uruguay como un país envejecido, y para facilitar un punto de partida en el análisis de las situaciones de vida de quienes envejecen (*Capítulo Primero*).

Realizada esa presentación objetiva sobre el fenómeno de la vejez, se presenta luego una aproximación a la construcción subjetiva que se realiza sobre el tema, tomando como base la caracterización que Gordon Allport realiza en referencia a los estereotipos y prejuicios. Ello posibilitará a su vez analizar e interpretar las ideas que prevalecen tras las diversas formas de conceptualizar a la tercera edad en la actualidad (*Capítulo Segundo*).

¹ Aunque la justificación de este trabajo podría argumentarse aludiendo a razones principalmente demográficas y sus implicancias (por ejemplo el creciente número de “pasivos” en relación a los “activos”), el interés que lo motiva como antes se señaló radica en la búsqueda personal de un mejor entendimiento de la situación, problemática y potencialidades de los adultos mayores, a su vez que pretende ser un aporte más para el trabajo con estas personas.

A continuación, y atendiendo a la motivación que guía el trabajo, se plantea la necesidad de buscar un apoyo teórico metodológico, que a partir del análisis del quehacer profesional posibilite herramientas para considerar el Trabajo Social en relación a la tercera edad. Con dicha intención es que se retoman y presentan los aportes metodológicos propuestos por Paulo Netto y Margartita Rozas para el análisis de la realidad e intervención ante eventuales situaciones (*Capítulo Tercero*).

Para finalizar, y considerando los aportes metodológicos referidos, se articula la búsqueda antes presentada (datos objetivos y construcción subjetiva), analizando la temática en base a una perspectiva de abordaje desde el Trabajo Social (*Capítulo Cuarto*).

A modo de consideraciones finales se presentan algunas opiniones personales que se desprenden del propio desarrollo del trabajo, a la vez que plantean ciertas propuestas como desafíos para nuestra profesión en relación a la tercera edad.

Premisas de trabajo: Dada la intención que lo motiva, este trabajo no está orientado a la discusión que en torno a la vejez realizan diferentes líneas de pensamiento teórico, ni se centra en el enfrentamiento de distintas corrientes sobre el tema. Si bien se entiende que los enfoques teóricos sustentan u orientan muchas de las acciones dirigidas a la tercera edad, y aún reconociendo sus posibles aportes², cabe señalar la dificultad para establecer una única lectura y comprensión teórico-técnica que explique universalmente el fenómeno.

El análisis realizado a lo largo de este trabajo pretende conocer el contexto en el cual el sujeto envejece, desechando ideas erróneas en relación a la vejez, para abordar desde nuestra disciplina la labor con tercera edad.

Teniendo en cuenta los intereses plateados, se postula como objetivo que orienta el trabajo, la búsqueda de una ***profundización teórica reflexiva que posibilite esclarecer posibles abordajes desde el Trabajo Social a la temática del adulto mayor en nuestro país.***

Para ello se propone realizar un trabajo de tipo monográfico³, basado en el análisis y discusión teórica. A través de la investigación bibliográfica de aproximación a la temática seleccionada, se procurará habilitar el análisis teórico y la reflexión, intercambiando con los aprendizajes efectuados durante la formación en la licenciatura de Trabajo Social.

² Si bien no existe un paradigma único que de cuenta del significado preciso del envejecimiento, encontramos un conjunto de aportes teóricos orientadores, que priorizando diferentes aspectos, orientan y fundamentan las propuestas dirigidas a la tercera edad.

³ Ello supone estudiar un tema desde cierto punto de vista (Véase Eco, U. 1989)

La bibliografía utilizada es amplia pero destaco como relevantes a los siguientes autores: Ana Damonte en relación a los datos sociodemográficos a considerar en el Capitulo Primero; Gordon Allport a manera de referente para la caracterización de prejuicios y estereotipos en el Capitulo Segundo; Paulo Netto y Margarita Rozas como aporte metodológico en el Capitulo Tercero.

DATOS DEMOGRÁFICOS Y SOCIOECONÓMICOS

Constituye un hecho reconocido la tendencia hacia un rápido envejecimiento de la población en el Uruguay. No sólo aumentará el número de adultos mayores sino que también se incrementará su peso relativo en la población total. Los adultos mayores de estos tiempos son parte implicada de esta nueva situación: un cambio demográfico importante, generado desde el siglo pasado, que surge con múltiples interrogantes. Con más de veinte años de vida por delante, y sabiendo que la tendencia al envejecimiento de la población ha de incrementarse⁴, las experiencias de los actuales adultos mayores serán guía y orientación para nuestro futuro, innovando frente a una situación que a muchos inquieta

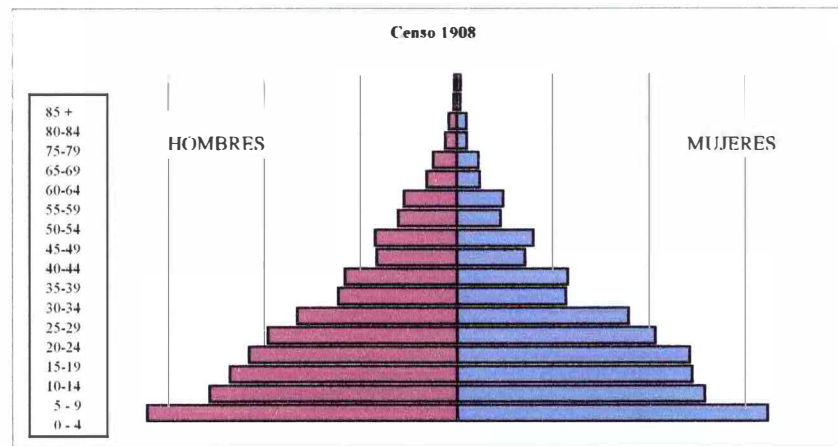
El envejecimiento es una realidad demográfica; en el caso de Uruguay es además una realidad presente en la vida cotidiana. A diferencia de otros países de América Latina, Uruguay es un país envejecido con indicadores demográficos similares a los países europeos, ya que el 17.7% de la población uruguaya (Censo Fase I - 2004) alcanzó y sobrepasó los 60 años⁵.

Diferentes indicadores demográficos facilitan el análisis de la evolución e intensidad del proceso de envejecimiento de la población uruguaya. La comparación de los gráficos de la distribución por sexo y edades de la población en los inicios y fines del siglo XX, permite visualizar cómo el contorno va cambiando desde una pirámide hacia un rectángulo (Gráfico 1 y 2). La forma piramidal que fundamentó el nombre comúnmente usado para designar este gráfico, corresponde a una población joven, como lo era la uruguaya de 1908 (Gráfico 1), que ubicaba la mitad de su población por debajo de los 19 años y en la que solamente un 3% de la misma tenía o sobrepasaba los 65 años de edad. En esa época la tasa global de fecundidad era de 6 hijos por mujer, la esperanza de vida al nacimiento se situaba en casi los 48 años y había 16 menores de quince años por cada persona de 65 o más años (Damonte, 2000).

⁴ Acorde con el avance del conocimiento científico, la mortalidad sigue su curso descendente, por lo cual es factible esperar mejoras en la sobrevivencia de los individuos, lo que se traduce en un aumento en términos absolutos y relativos de las personas adultas mayores.

⁵ Se dice que una población ha envejecido cuando la proporción de personas de 60 años o más, excede el 10 o 12 % de la población total.

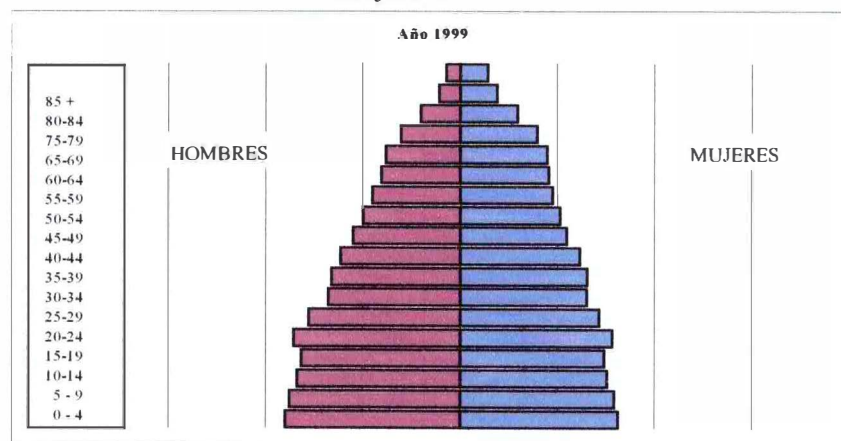
Gráfico 1



Fuente: CEPAL, Oficina de Montevideo, a partir Censo 1908, publicado Anuario Estadístico 1908-09

El envejecimiento demográfico puede entenderse como el proceso resultante del cambio en las tendencias de las tres variables clásicas de la dinámica demográfica: la fecundidad, en menor medida la mortalidad y eventualmente las migraciones internacionales. Las tendencias descendentes de la fecundidad y la mortalidad en Uruguay, generaron el proceso de envejecimiento, que se vio acentuado por la fuerte emigración internacional de los años setenta. El descenso de la fecundidad constituyó el factor más importante en relación a las transformaciones de la pirámide de población, estrechando su base. El efecto del descenso de la mortalidad sobre el envejecimiento es significativo cuando se produce el envejecimiento por la cúspide, el que se traduce en un aumento tanto en números absolutos como relativos de la población en las edades adultas avanzadas⁶, tal como se muestra en el Gráfico 2.

Gráfico 2



Fuente: INE/CELADE, Uruguay: Estimaciones y Proyecciones de la población por sexo y edad. Total del país. 1950-2050. LC/DEM/R.287. Serie 01 No.128.

⁶ La esperanza de vida al nacimiento actualmente se sitúa en los 75 años, mientras que la tasa global de fecundidad es de 2.01 hijos por mujer. Con la fecundidad en descenso, en proporción, los jóvenes van siendo reemplazados por los adultos mayores (Fuente: INE. Proyecciones de población, revisión 2005).

Además de los gráficos de la distribución de la población por edad y sexo, otros indicadores demográficos permiten también evaluar el proceso de envejecimiento. El más comúnmente usado refiere al porcentaje que representa la población de 65 años y más de edad en relación a la población total (aumento en números relativos). A lo largo del siglo XX dicho porcentaje pasó de 2,5% en 1908 a 12,8% en 1996. En el Cuadro 1 se presenta la evolución por sexo de dicho porcentaje, conjuntamente con el correspondiente a la población menor de 15 años. En el mismo puede verse como el porcentaje de población de 65 años y más, crece a expensas de la reducción del grupo de población menor de 15 años.

Cuadro 1

Porcentaje de población menor de 15 años y de 65 años y más de edad, según censos

Grupos de edades	Años censales				
	1908	1963	1975	1985	1996
0-14	40,9	27,9	27,0	26,7	25,1
65+	2,5	7,6	9,8	11,2	12,8

Fuente: CEPAL, Oficina de Montevideo, en base a datos censales.

De este modo y desde hace varias décadas, la dinámica del proceso de envejecimiento se refleja en un crecimiento muy superior de la población de 65 años y más de edad en comparación con el grupo de 0 a 64 años. En el período intercensal 1985-1996, la tasa anual media de crecimiento de la población de 65 años y más fue de 1,9%, en tanto que, para la población entre 0 y 64 años la misma fue de 0,5 por ciento (Damonte, 1999)

Cabe agregar que el envejecimiento no sólo se ha comportado como un aumento de la cantidad absoluta y relativa de la población de 65 años y más, ha aumentado también la cantidad de años que han de vivir estas personas al alcanzar esta edad. La esperanza de vida a los 65 años se incrementó sensiblemente en un período de 33 años: de 14,34 en el año 1963 pasó a 16,32 años en el período 1995-1996 (Cuadro 2). La población femenina generó mayores ganancias que la masculina en todas las edades, por lo cual se amplió la brecha que separa la esperanza de vida masculina de la esperanza de vida femenina; en el período indicado, la duración de la vida media se incrementó en 6 años para las mujeres y en poco más de 4 años para los hombres.

Cuadro 2

Esperanza de vida en la población de 65 años y más de edad por sexo y edades
1963-64 y 1995-96

Edades	1963-64			1995-96		
	Ambos sexos	Hombres	Mujeres	Ambos sexos	Hombres	Mujeres
Total (*)	68,54	65,51	71,56	73,60	69,60	77,59
65	14,34	12,77	15,73	16,32	13,95	18,42
70	11,32	10,06	12,33	13,13	11,14	14,74
85	8,72	7,80	9,38	10,25	8,69	11,36
80	6,58	5,96	6,96	7,74	6,62	8,43
85	4,94	4,59	5,12	5,74	4,98	6,16
90	3,77	3,61	3,84	4,26	3,69	4,60

(*) Corresponde al nacimiento

Fuente: CEPAL, Oficina de Montevideo, en base a Tablas de mortalidad por sexo y edad del INE

Estas cifras, que testimonian el aumento de la longevidad de la población uruguaya, representan un avance y a la vez que un reto para nuestro país. Asimismo, al analizar las cifras precedentes, podemos advertir dentro del propio proceso de envejecimiento global, la manifestación de otros dos procesos con características muy remarcables. El primero refiere al envejecimiento de la población de adultos mayores, ya que en el conjunto de la población de 65 años y más, la que alcanza y sobrepasa los 80 años crece más rápidamente que el resto (a una tasa del 3%). El segundo señala la creciente predominancia de la población femenina de 65 años y más años; como consecuencia de la mayor ganancia obtenida en la esperanza de vida al nacimiento, la población femenina crece a una tasa superior a la masculina, tanto para los mismos grupos de edades como para los totales, adquiriendo mayor intensidad a medida que avanza la edad.

Las diferencias de género colocan a las mujeres en una situación de desventaja al considerar condiciones socio-económicas y condiciones de vida. Entre otras cosas, para la población adulta mayor vivir en hogares unipersonales se destaca como una experiencia femenina (casi 8 de cada 10 personas de 65 años y más que viven solas en áreas urbanas son mujeres). El peso de este tipo de hogares es notoriamente mayor entre las mujeres, aumentando hasta los 80 años⁷ (Cuadro 5).

⁷ Aumenta hasta cierta edad para luego descender, antes para las mujeres que para los varones. Ello podría interpretarse como una salida más temprana de esta situación, que puede llevar a la institucionalización o hacia otro tipo de hogares, pero que igualmente refleja un cambio de comportamiento en la forma de vivir.

Cuadro 5

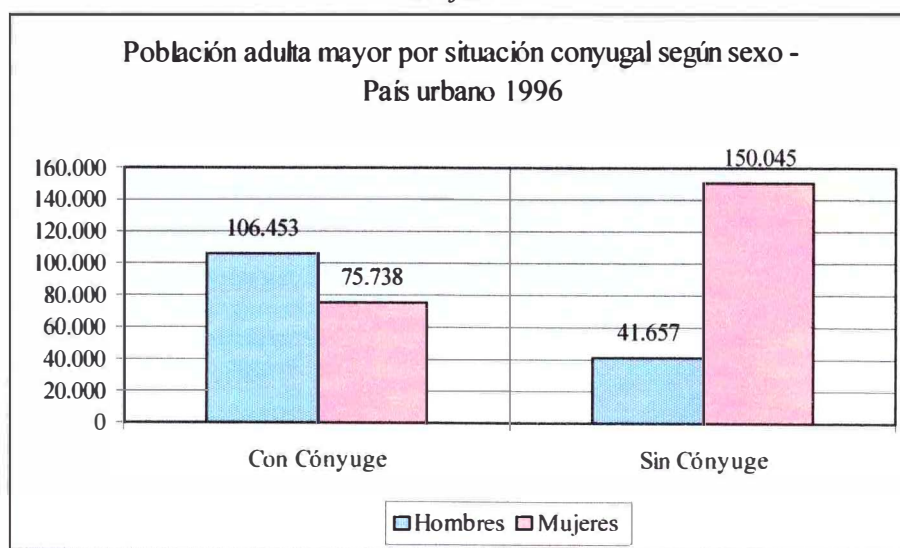
Porcentaje de los hogares unipersonales urbanos con jefe de 65 años y más de edad, respecto al total de hogares con jefe de esta misma edad en cada sexo y para cada grupo de edad – 1995

Grupos de edades	Ambos sexos	Sexo del jefe de 65 años y más	
		Hombre	Mujer
65+	28,2	12,3	49,4
65-69	22,6	9,1	47,9
70-74	27,0	12,5	47,1
75-79	33,1	14,7	54,3
80-84	34,1	17,1	50,2
85+	34,0	15,1	47,6

CEPAL, Oficina Montevideo, en base a Damonte, Ana (1997)

Asimismo se observan grandes desigualdades entre la situación conyugal de hombres y mujeres, tal como se refleja en los datos presentados en el Grafico 4.

Gráfico 4



CEPAL, Oficina Montevideo en base a INE, VII Censo General de población, III de Hogares y V de Viviendas. diciembre de 1997

La mayoría de la población de adultos mayores que no están casados son viudos y de ellos el 85% son mujeres⁸. Al respecto se destaca la situación conyugal como aspecto significativo de bienestar pero no como determinante; más allá de tener o no cónyuge, resulta fundamental para esta población (como para todo ser humano) la necesidad de compañía. Cobran relevancia entonces, las redes familiares, sociales y los grupos de

⁸ Hecho explicable entre otras cosas por la mortalidad desigual y por diferencias de comportamiento a la edad de contraer matrimonio (Damonte, 1999).

referencia con que cuentan. En tal sentido, y en lo que respecta a las formas de arreglos familiares, mientras la ganancia en la esperanza de vida hace posible la convivencia de hasta cuatro generaciones, el porcentaje de adultos mayores viviendo con hijos decrece rápidamente, al igual que se observa en los países desarrollados. En la población de 65 años y más de edad predominan los hogares unipersonales y las parejas sin hijos, que representan el 55% del total de hogares particulares urbanos (Damonte: 1999).

Asimismo como información relevante respecto a la población adulta mayor, debemos considerar el nivel educativo, ya que se trata de un determinante importante que condiciona en gran parte su estilo de vida, posibilitando una mejor asimilación o adaptación a los cambios continuos de nuestra sociedad. Si bien Uruguay es uno de los países de América Latina con mayor nivel de educación, el grueso de la población adulta mayor tiene relativamente baja escolaridad, característica que va diluyéndose en el tiempo con la renovación por contingentes más instruidos (ver cuadro 6⁹). Como muestra el cuadro, los datos censales reflejan una reducción de la tasa de analfabetismo de la población de 65 años y más de edad, en los últimos 25 años, superior al 50 %. Las mujeres lograron mayores avances que los varones en este campo¹⁰ ya que la reducción fue de 56% en tanto en estos últimos alcanzó el 47%. Otro dato significativo que muestra el cuadro 6 es respecto al nivel de instrucción formal: a mayor edad se constata que las desigualdades de género se revelan con mayor intensidad en las situaciones de educación extremas, es decir, entre los que carecen de instrucción y los que alcanzaron nivel universitario.

Cuadro 6

Porcentaje de población urbana de 65 años y más de edad por nivel de instrucción según sexo y grupos de edades - 1995

Grupos de edades	Sin instrucción	Primaria	Secundaria	Técnica y Magisterio	Universidad	Otro
	Hombres					
65-69	4.8	70.1	14.2	5.3	4.7	0.9
70-74	6.4	72.2	13.2	3.1	4.7	0.4
75-79	9.5	70.4	12.4	2.8	4.3	0.6
80+	13.8	71.3	7.7	1.3	5.6	0.3
Mujeres						
65-69	5.7	71.9	14.5	5.5	2.7	0.0
70-74	6.9	72.5	13.4	4.6	2.6	0.0
75-79	11.1	77.6	11	3.6	1.7	0.0
80+	16.2	71	6.9	4.8	1.1	0.0

CEPAL, Oficina Montevideo en base a los datos provenientes de la Encuesta Continua de Hogares

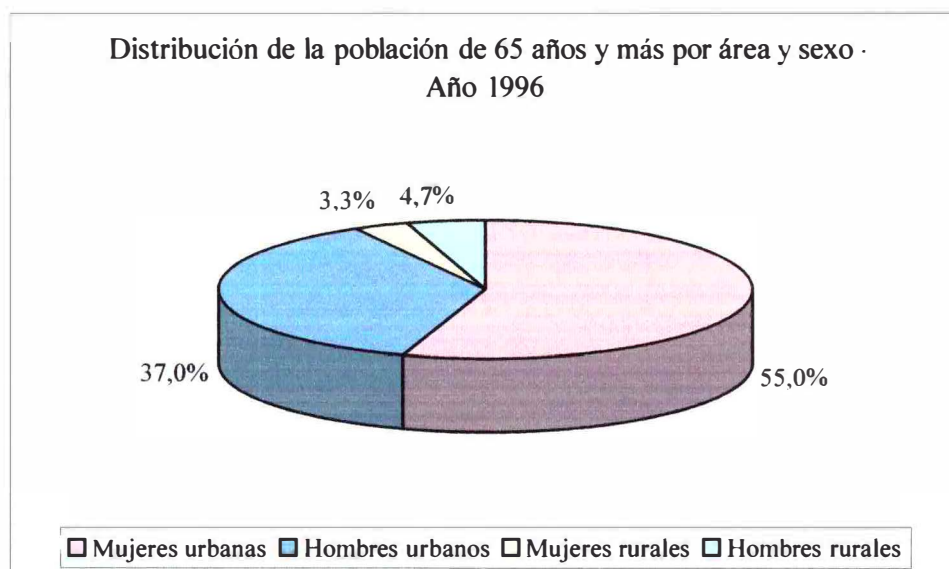
⁹ Esta información proviene de la Encuesta Continua de Hogares que refiere sólo al país urbano.

¹⁰ Situación atípica en relación a otras partes del mundo.

Los años de estudio son superiores en Montevideo que en el Interior y disminuyen a medida que avanzan las edades. Las áreas rurales muestran asimismo una tasa de analfabetismo que duplica el nivel urbano.

En lo que respecta a la distribución de la población de adultos mayores en nuestro país, aun cuando el proceso de envejecimiento muestra una creciente universalidad, dista de ser homogéneo entre las distintas áreas geográficas. Considerando que la población uruguaya ha seguido un proceso creciente de urbanización desde hace varias décadas¹¹, la población adulta mayor también ha seguido este comportamiento residiendo mayoritariamente en áreas urbanas, tal como podemos observar en el Gráfico 3.

Gráfico 3



CEPAL. Oficina de Montevideo, en base al Censo de Población 1995/96.

El 92% de la población de adultos mayores reside en áreas urbanas, acentuándose así el proceso de envejecimiento demográfico en estas áreas. En el Cuadro 3 se presentan las tasas de crecimiento intercensales urbanas y rurales de la población adulta mayor. Si bien globalmente la población de adultos mayores de las áreas rurales decrece, la tasa correspondiente a los mayores de 80 años tiene signo positivo para cada sexo (en mayor grado el sexo masculino), indicador de que estas áreas retienen a la población de estas edades.

¹¹ Según datos censales, en 1996 el 91% de los habitantes del país residían en áreas urbanas.

Cuadro 3

Tasas de crecimiento anual medio intercensal de la población de 65 años y más de edad por sexo, según área y grupos de edades - 1985-1996

Grupos de edades	Tasas de crecimiento (por mil)					
	País urbano			País rural		
	Ambos sexos	Hombres	Mujeres	Ambos sexos	Hombres	Mujeres
65 y más	21,58	19,97	22,65	-3,52	-3,50	-3,53
65 a 69	23,01	22,96	23,04	-5,33	-5,74	-4,68
70 a 74	15,23	15,73	14,87	-7,10	-6,33	-8,20
75 a 79	16,81	13,59	18,88	-1,06	0,06	-2,51
80 y más	31,87	27,50	34,06	3,78	4,25	3,35

CEPAL, Oficina Montevideo, en base a datos censales publicados

Acerca de la población residente en zonas urbanas, el proceso de envejecimiento no muestra un ritmo uniforme al dividirlo en Montevideo e Interior urbano. La población de Montevideo envejeció a un ritmo menor que el resto urbano del país, según datos de la Encuesta Continua de Hogares. El porcentaje de población mayor de 65 años se incrementó un 25% en el interior urbano, en tanto en Montevideo lo hizo solamente un 15% en igual período.

En lo que atañe a la atención de salud, se destaca que el 59% de la población mayor de 65 años está afiliada, con cobertura total, a instituciones de asistencia médica colectiva del sector privado, predominando la afiliación a este sector en el área urbana, según se refleja en el Cuadro 7.

Cuadro 7

Porcentaje de población de 65 años y más por principal cobertura total de salud, según área - Año 1996

Área	M.S.P	Mutualista	Sanidad militar y policial	Otros	Sin Cobertura	Ignorado
Total del País	29	59	4	1	6	1
Urbano	28	61	4	1	5	1
Rural	41	43	1	1	13	1

CEPAL, Oficina Montevideo, en base a INE, diciembre de 1997

En cuanto a las condiciones económicas de la población adulta mayor en Uruguay, es de destacar que en nuestro país el número de personas que se encuentran bajo la línea de pobreza¹² ha ido decreciendo en los últimos años. El 25.2% de la población del país se

¹² La línea de pobreza identifica a los pobres en función de la adecuación de su capacidad de consumo medido a través de sus ingresos. La estimación de línea de pobreza parte de la canasta básica de alimentos, realizada en base a la encuesta de gastos e ingresos de los hogares.

encuentra en esta situación, de los cuales el 7.2% son adultos mayores, constituyendo el grupo etario con más bajo porcentaje de pobreza (Cuadro 8).

Cuadro 8

Proporciones de personas pobres por grupos de edades - Año 2006

Grupos de edades	Porcentaje
Total	25.2
Menores de 6 años	46.4
De 6 a 12 años	43.5
De 13 a 17 años	38.1
De 18 a 64	21.3
De 65 años y más	7.2

INE, información disponible año 2006

En 2006, el mayor descenso de la incidencia de la pobreza por grupos de edad, en términos porcentuales, se produce entre los adultos mayores, como consecuencia de un incremento en el valor real de las pasividades (la pérdida de valor real de las pasividades durante la crisis económica comienza a revertirse en los dos últimos años). Es decir, a nivel global los adultos mayores mantienen una situación de menor pobreza que la del resto de la población¹³.

Respecto a la distribución de ingresos entre la población adulta mayor, se destaca que más del 70% es jubilada (57%) o pensionista (15%). Esto último alcanza mayoritariamente a las mujeres (Montevideo 20% e Interior 25%). En la población jubilada los varones representan el 68%, solo la mitad de las mujeres mayores tiene esta condición, y cerca del 13% figuran como inactivas¹⁴ (Paredes, M., 2006)

Para finalizar, y a modo de síntesis, señalo que mediante la información considerada se realizó una aproximación a la dinámica del proceso de envejecimiento en el Uruguay. Lo expuesto pone de relieve que el país ya se ve enfrentado a los desafíos que le impone una población envejecida. Sin embargo, los datos presentados apenas esbozan algunas de las características del proceso de envejecimiento en términos cuantitativos; considerando que dicho proceso constituye un tema con múltiples implicancias (más allá de consideraciones cuantitativas), se estima necesario ahondar en el análisis.

¹³ La situación de pobreza es mucho más aguda entre los niños que entre otros grupos de la sociedad. La pobreza infantil está fuertemente vinculada a los problemas de ingresos de sus hogares, producto de los patrones de crecimiento y distribución que surgen de la dinámica de desarrollo imperante en la sociedad (PNUD, 2005).

¹⁴ En la situación de la mujer incide las formas y estilos de vida de las generaciones anteriores, en las que la inserción de la mujer al mercado de trabajo era reducida y con salarios inferiores a los varones.

Capítulo Segundo

CONSTRUCCIÓN SUBJETIVA: PREJUICIOS RESPECTO A LA VEJEZ

En el apartado anterior se presentó una construcción objetiva sobre el fenómeno de la vejez, apoyado en datos estadísticos. Es el propósito de este ítem aproximarnos a la construcción subjetiva que se realiza sobre el tema.

En el mundo moderno prevalece la conceptualización de la vejez como un proceso desfavorable; en nuestras actitudes cotidianas influyen esas ideas que han sido moldeadas en gran parte por nuestro contacto social, aun cuando muchas veces no estamos consientes de éstas. Es decir, el rechazo a la vejez y el querer parecer joven son elementos que caracterizan a buena parte de la cultura occidental actual¹⁵ y están en directa relación con la introyección de valores que acompañan el desarrollo individual en nuestra cultura (construcción cultural subjetiva).

Los conceptos y representación sobre este momento de la vida, tanto como aquellos que subyacen, fundamentalmente los prejuicios, son la base de la construcción colectiva del imaginario social arraigado en vastos sectores de la población -incluidos los propios viejos- acerca de lo que concebimos como vejez. De allí que, más allá de manifestarse como representaciones cognitivas individuales, los prejuicios y estereotipos se basan en creencias culturales que nacen de la interacción social.

El adulto mayor en general ha sido caracterizado desde una condición de ancianidad, extrapolado generalizaciones y simplificaciones de las características de algunos individuos cuando envejecen; en consecuencia, esas creencias en torno a la vejez pueden llegar a ser descripciones relacionadas a la realidad pero no necesariamente lo son. Acerca de a esa simplificación de la realidad, Allport, G. (1968)¹⁶ señala que las generalizaciones y el establecimiento excesivo de categorías es quizá la trampa más frecuente en que cae la razón humana, dado que existe una base natural para esta tendencia. La exigencia cotidiana de adaptaciones prácticas es tan basta, que no podemos tomar en consideración cada uno de los objetos del mundo; en consecuencia conceptuamos los objetos por clases.

¹⁵ Sin considerar otro tipo de culturas en las que también se incluye este rasgo como característico.

¹⁶ Conceptos considerados en base a la Bibliografía recomendada para el curso “Antropología Cultural I” – Año 2003, Facultad de Ciencias Sociales, UdelaR

Destacamos pues que nuestra experiencia en la vida cotidiana tiende a conformarse basándose en agrupamientos (conceptos, categorías); la utilidad de ese proceso consiste en facilitar la percepción y la conducta, haciendo más rápidos y fáciles nuestros ajustes habituales. En general una categoría comienza a constituirse sobre la base de un “germen de verdad”; es decir, no toda generalización excesiva es un prejuicio. El prejuicio se distingue de las creencias que son su base ya que este no es reversible bajo la acción de conocimientos nuevos, habiendo una resistencia emocional a la rectificación.

Allport, G. (1968) señala que el hombre tiene una propensión natural al prejuicio¹⁷. Esta propensión radica en su tendencia normal y natural a formar generalizaciones, conceptos, categorías. Sus categorías racionales se atienen a la experiencia directa, pero puede también formar con la misma facilidad categorías irracionales. Estas pueden carecer de todo fundamento real, y se forman sobre la base de rumores, proyecciones emocionales y fantasías. O sea, los prejuicios se fundan en actitudes que no se verifican con la experiencia; carecen por tanto de una fundamentación razonada y se sostienen sobre una base emocional. Surgen de categorizaciones que se reiteran como moldes frente a la realidad, atribuyendo ciertas cualidades a determinado grupo, de modo tal que cada rótulo que usamos distrae nuestra atención de la realidad concreta.

A ello Allport, G. (1968) agrega que nuestro proceso cognitivo no es prudente. La categoría rotulada incluye indiscriminadamente el atributo definitorio, atributos probables, y otros atributos imaginarios e inexistentes. El efecto final del prejuicio así considerado, es colocar al objeto del prejuicio en una situación de desventaja no merecida, siendo destinatario de determinadas actitudes difíciles de revertir.

Cabe señalar que el prejuicio se compone básicamente de dos elementos: la actitud, que puede ser favorable o desfavorable; y la creencia vinculada a ésta, excesivamente generalizada y por lo tanto errónea. Las creencias pueden hasta cierto punto ser atacadas y modificadas; lo común, no obstante, es que tengan la capacidad de modificarse y acomodarse para justificar la actitud más permanente. Es un proceso de racionalización, o sea de acomodación de las creencias a las actitudes.

En base a estas consideraciones, subrayamos que conformando parte del imaginario colectivo, ciertas creencias acerca de la vejez funcionan como prejuicios, e incorporados a la mentalidad de la gente fijan determinadas actitudes frente al proceso del envejecer. Pero concretamente, ¿qué entendemos por prejuicio? Allport, G. (1968:24) especifica que se trata de una actitud “... que se apoya en una generalización imperfecta e inflexible. Puede sentirse o expresarse. Puede estar dirigida hacia un grupo en general, o hacia un individuo

¹⁷ Del latín ‘praejudicium’: juicio previo, precedente o anterior a cualquier consideración de los hechos.

por el hecho de ser miembro del grupo”. Agrega que las predisposiciones pueden ser tanto en pro como en contra (se puede pensar bien a favor de otros, sin motivos suficientes). No obstante destaca que los prejuicios negativos son los más difundidos en nuestra cultura¹⁸.

La asociación de la ancianidad a ideas negativas se hace presente en todas las edades; incluso en muchos casos son los propios adultos mayores quienes no se perciben a sí mismos como ancianos ya que establecen un paralelo entre la vejez, la enfermedad, la soledad, el rechazo social, y en cambio sienten que ellos todavía tienen mucho para dar. En otros casos, la identificación con imágenes culturales negativas supone aceptar que la persona tiene poco para ofrecer, provocando falta de metas o de proyectos de vida. Advertimos en consecuencia que el proceso de envejecimiento se tiende a estereotipar, influyendo esto en lo que los propios adultos mayores esperan de sí mismos, en el lugar que socialmente se les asigna y en el reconocimiento que se hace al respecto.

Acerca de esas ideas negativas y estereotipos referidos, Allport, G. (1968: 214) especifica que estos no bastan para explicar por completo el rechazo. Son ante todo imágenes inherentes a una categoría, que desempeñan un papel importante en el prejuicio pero no lo explican completamente. Tampoco un estereotipo es idéntico a una categoría; es más bien es la idea fija que la acompaña. Por ejemplo, la categoría “viejo” puede ser mentada simplemente como un concepto neutro, real, no valorativo, que se refiere a un grupo poblacional. El estereotipo entra en juego sólo cuando la categoría inicial se carga de imágenes y juicios respecto a “viejo”.

Allport, G. (1968: 215) define al estereotipo diciendo que “ya sea favorable o desfavorable, un estereotipo es una creencia exagerada que está asociada a una categoría. Su función es justificar (racionalizar) nuestra conducta con relación a esa categoría”. Un estereotipo entonces no es una categoría, pero a menudo existe como una marca fija sobre la categoría. Si digo “los viejos son inútiles” estoy expresando una generalización estereotipada acerca de una categoría. Opera de modo tal que impide el pensamiento diferenciado acerca del concepto. Actúa, a la vez, como un recurso de justificación para la aceptación o el rechazo categórico de un grupo y como un recurso selectivo o “pantalla”, que asegure el mantenimiento de la simplicidad en la percepción y el juicio.

Esas imágenes relacionadas a la categoría puede que provengan de una experiencia repetida con alguna clase de objetos, o que se desarrolle en contradicción con todas las evidencias. De modo que algunos estereotipos carecen por completo de apoyo en la

¹⁸ Consideramos “Cultura” como “la forma común y aprendida de la vida que comparten los miembros de una sociedad, y que consta de la totalidad de los instrumentos, técnicas, instituciones sociales, actitudes, creencias, motivaciones y sistemas de valores que conoce el grupo”. (Foster, 1966: 21)

realidad; otros se desarrollan a partir de la acentuación y la generalización excesiva de los hechos. Y una vez formados, pueden perturbar incluso los juicios racionales más simples.

En síntesis, los estereotipos y prejuicios pueden o no tener origen en un núcleo de verdad; aseguran el mantenimiento de la simplicidad en la percepción y el juicio, justifican la hostilidad, y a veces sirven como pantallas de proyección para nuestros conflictos personales. Pero existe otra razón importante para su existencia; reciben el apoyo social de nuestros medios de comunicación de masas, que los reviven continuamente e insisten sobre ellos.

Y en el caso que nos compete, la preferencia de los medios por el cuerpo joven como ideal estético y la mercantilización de la apariencia, ayudan a reforzar estereotipos y prejuicios¹⁹. A través de reforzar un valor (la juventud) señalan implícitamente su contravalor (la vejez). Por ello se gasta mucho dinero con el fin de prolongar la juventud (cirugías plásticas, gimnasios, alimentos y píldoras para adelgazar), y la vejez parece adquirir el signo de vergonzoso, siendo los estereotipos negativos los más difundidos (deterioro físico y mental, torpeza, distracción).

La difusión de estas ideas no sucede en forma azarosa, sino que es producto del tipo de sociedad a la que pertenecemos: una sociedad asentada sobre la productividad, el consumo y con grandes adelantos tecnológicos, donde la importancia de los recursos está puesta en los jóvenes y en los adultos que pertenecen a la rueda productiva (Viguera, 2004). Es decir, la ‘sociedad’ moderna basa su ‘cultura’²⁰ en el trabajo y el consumo, y valora todo aquello que le resulta productivo; por lo tanto fácilmente se considera que las personas mayores aportan muy poco, o aún que representan una carga para la sociedad²¹.

En tal sentido, no resulta extraña la expresión de que los adultos mayores tienen un “rol sin rol”, vale decir, una posición social carente de obligaciones. Es que frente a una sociedad basada en la producción, el trabajo es el eje alrededor del cual se organizan los modos de vida de las personas, y es a través de éste que el individuo adquiere su respectivo status económico y social. Y el hecho de que este grupo etario no forme parte de la población activa, supone que queda al margen del status que proporciona el producir²².

¹⁹ Los encuentros diarios con los medios de comunicación masiva nos confrontan a una visión que marca la juventud como condición de belleza.

²⁰ Boas (citado en Herskovits, M., 1969) marca la diferencia entre cultura y sociedad. La cultura es conductual, refiere a lo que las personas hacen, siendo la sociedad el resultado de esas conductas.

²¹ Al respecto, desde la perspectiva de las ciencias sociales y el envejecimiento, véase “Teoría de la Modernización” en el próximo apartado.

²² Desde esta lógica, y pensando por ejemplo en el caso de los niños también como población no activa, este grupo etario generalmente se relaciona a la idea de futuro, con potenciales capacidades a desarrollar. En el caso de los ancianos sin embargo, su percepción se vincula por lo común a la idea de lo obsoleto.

Digamos entonces que, exceptuando algunos sectores, en general se hace una valoración negativa y poco respetuosa de las personas mayores. En épocas pasadas, el respeto hacia el anciano se basaba principalmente en su conocimiento y en su experiencia. Con el avance de la sociedad tecnocrática no se considera que el saber se acumula sino que caduca. A ello se agrega que los parámetros y valores culturales imperantes en la sociedad favorecen poco la autoestima del anciano. La prevalencia de una imagen social negativa, los prejuicios hacia las personas adultas mayores y los estereotipos difundidos por los medios de comunicación, todo ello contribuye a que en la sociedad se lo desvaloricé.

Respecto a la valoración de los adultos mayores en nuestro país, Paredes, M. (2006: 406) atestigua a través de sus investigaciones que “la visión hegemónica con la que la vejez es representada en nuestra sociedad, se construye con una serie de contenidos y por asociaciones con ideas y conceptos fundamentalmente negativos o desvalorizados”. Agrega que en términos generales se puede afirmar que persiste una “hegemonía de connotaciones e ideas negativas en relación a la vejez como etapa vital y al envejecimiento como proceso. La vejez sigue siendo asociada fuertemente con la enfermedad y la discapacidad”. (ibidem, 47)

Advirtamos que la sociedad moderna está orientada básicamente hacia la juventud y los valores de ésta (trabajo y consumo), haciéndose un culto de la juventud. Pareciera así que las únicas alternativas que tienen las personas mayores están en recurrir a los mismo parámetros que brinda la juventud. “ - En mis tiempos...”, suelen decir los mayores ¿Cuáles son esos tiempos? Los tiempos en que ellos eran jóvenes. En consecuencia estos tiempos, los tiempos que están viviendo, parecen haberlos dejado de lado, fuera del conjunto, sin posibilidades de participar. Pensemos que exaltar la etapa de la juventud como condición de plenitud en la vida, conduce a menospreciar las vivencias de la adultez mayor. Supone desconocer que cada etapa tiene su propio significado y valor en relación a la vida total de la personas y, consiguientemente, su oportuna enseñanza.

La vejez es una etapa de la vida en la que nosotros mismos estaremos inmersos con nuestra propia experiencia. Viejo no es el otro sino que uno debe pensar en el viejo que va a ser. El rechazo a la vejez se adquiere con el pasar de los años (se aprende desde joven) y se transforma con el tiempo en una imagen negativa de sí mismo; es decir, todos seremos víctimas de nuestros propios prejuicios.

Nuestros estereotipos y prejuicios afectan la forma en que los ancianos viven, contribuyendo en gran medida a crear su situación y condiciones sociales, a la vez que influyen en nuestra actitud y comportamiento hacia esta población, generando un proceso de exclusión.

Teniendo todo esto en cuenta, hemos procurado mediante este análisis identificar las creencias que prevalecen en nuestra cultura respecto a la vejez, y reconstruir el concepto desnaturalizando los estereotipos y prejuicios que orientan las actitudes frente a la tercera edad. Nuestro actuar como profesionales no está exento de los estereotipos referidos, y es importante por tanto tenerlos presentes y problematizarlos para poder avanzar en el proceso de conocimiento que nos proponemos.

Si trabajásemos con Tercera Edad posicionándonos desde un punto de vista que acepte sin cuestionar estos estereotipos, consideramos que ello contribuiría a reforzar una imagen negativa. Tratar de situarnos desde otra posición no implica dejar de ver los problemas que se presentan; implica, entre otras cosas, propiciar una actitud de respeto y reconocimiento de sus derechos, así como la aceptación de las singularidades que caracterizan a cada sujeto y hacen a su identidad.

Cabe señalar además que, aunque menos frecuentes que los prejuicios negativos, los prejuicios positivos deben ser también tenidos en cuenta al momento de trabajar con tercera edad (así como cualquier otro grupo de población). Estas creencias también distorsionan nuestra percepción de la realidad, enfatizando ciertos rasgos que supuestamente corresponden a la tercera edad (por ejemplo dulzura, sabiduría, bondad, compasión); se incurre así en el mismo problema que los prejuicios negativos al realizar una desmedida generalización sin motivos suficientes, afectando la distinción del envejecimiento como un fenómeno heterogéneo y dificultando el reconocimiento de las individualidades.

En síntesis, considerando que el envejecimiento es un proceso individual y a la vez colectivo²³, señalo que al considerar planteos vinculados a la percepción del “otro”, los prejuicios y estereotipos imperantes deberían ser especialmente atendidos para no incurrir en falsas generalizaciones que afecten la construcción del objeto de estudio e intervención.

APROXIMACIÓN AL CONCEPTO DE VEJEZ

Los diferentes modos de nombrar la vejez están connotando, significando algo, y en ellos subyacen supuestos desde donde se originan. Incluso los modos de nombrar pueden posicionarnos en un determinado lugar y es importante que como profesionales tengamos posturas fundadas con respecto a ello. Para ahondar en el análisis de la tercera edad,

²³ Se produce en el individuo pero es condicionado por la sociedad

considero entonces necesario realizar ciertas precisiones en lo que atañe al concepto de “vejez”.

Muchas de las dimensiones del significado de envejecimiento y de las acciones destinadas a asegurar y aumentar el bienestar de este segmento poblacional, están regnadas por las “definiciones” que la sociedad asume de esta población en un tiempo y espacio determinado.

Tomemos la diversidad de nombres con los que se denomina a esta etapa: tercera edad, luego se agregó la cuarta edad, vejez, ancianidad, senescencia, senilidad, gerontes, abuelos, adultos mayores. Algunos términos son peyorativos, otros paternalistas, y no está totalmente acordada por todos los investigadores en Gerontología una denominación común, como cuando se habla de adolescencia o niñez.

Para establecer un criterio en muchas oportunidades se tiende a definir la vejez principalmente en términos de edad cronológica (entre otras cosas, por conveniencia estadística, utilizando la edad cronológica como referencia de demarcación entre las etapas de vida). Los 65 años de edad han sido tradicionalmente usados para definir el comienzo de la vejez en estudios demográficos y gerontológicos, principalmente porque en muchos países este criterio es usado por los sistemas de pensiones para comenzar a otorgar beneficios. Pero a pesar de la posible utilidad práctica de este criterio, es prudente además tomar en cuenta que la población de 65 años o más no es homogénea, y dada la variabilidad que muestra, debería ser considerada más allá de un criterio cronológico²⁴.

Sin olvidar que la situación de vida en la vejez varía de sociedad en sociedad, cabe señalar que la experiencia de envejecer es universal y hay ciertos hechos similares a los que se enfrentan las personas en esa etapa²⁵. Sin embargo el ajuste a estos cambios o procesos va a estar influido por aspectos de diversa índole (individuales, sociales, económicos, etc). Se reconoce como edad al número de años vividos pero se entiende que los años de una persona no siempre refleja su verdadera edad física y biológica. Factores socio psicológicos pueden retardar o acelerar los cambios fisiológicos. Por eso, tomando en cuenta los planteos de la Gerontología, se considera que la edad funcional (determinada por niveles de funcionamiento en áreas físicas y psicológicas específicas), es la manera más precisa de tipificar²⁶ al envejecimiento.

²⁴ La vejez no es definible por simple cronología, y además de las condiciones físicas, mentales y de salud de las personas, como ya se señaló la manera de envejecer esta determinada por la acción conjunta de varias causas, entre ellas factores sociales, económicos, ambientales (es decir, no sólo biológicos).

²⁵ Como hechos similares es posible señalar: la jubilación o el retiro unidos a una reducción de ingresos, cambios en el estado de salud y en el ciclo de vida familiar (muerte de familiares, viudez), etc.

²⁶ Entiéndase en el sentido de realizar un enlace entre una serie de síntomas físicos y sociales que definen a la persona dentro de determinada etapa de la vida (juventud, madurez, vejez).

La Gerontología²⁷, definida como el estudio sistemático del proceso de envejecer, comprende conocimientos de varios campos académicos que permiten el entendimiento de este proceso. Entre los aspectos estudiados se destacan:

a) Aspectos biofisiológicos → refiere a los cambios en la apariencia física, modificaciones graduales en el vigor y la habilidad física para resistir enfermedades.

b) Aspectos psicológicos → refiere a los procesos sensoriales, destrezas motoras, percepciones, inteligencia, habilidad de resolver problemas, entendimiento, impulsos y emociones de la persona.

c) Aspectos sociales → refiere a las actividades del individuo, sus relaciones familiares, de amistad, asociacionismo, entorno cultural, contexto económico, cotidianidad.

El envejecimiento es un proceso natural, por lo tanto no es una enfermedad²⁸. Es un proceso continuo y progresivo²⁹, implica cambios a nivel físico, psíquico y social, y depende de factores endógenos (propios del individuo)³⁰ y factores exógenos (del medio)³¹. Los cambios biológicos y psicológicos que ocurren a medida que se avanza en edad, se desarrollan en cierto ambiente social, interrelacionándose y determinando el “comportamiento” de la persona. De allí su importancia para intentar comprender las actitudes, expectativas, motivaciones, reconocimiento, roles, etc. de las personas ancianas³².

A su vez, la complejidad del fenómeno implica que no se puede hablar de una sola vejez. En el apartado referido a los prejuicios sobre la vejez, se menciona que el adulto mayor en general ha sido caracterizado desde una condición de ancianidad, extrapolado la realidad de las personas ancianas incluso a quienes gozan de buena salud. De ahí que la visión de la vejez que generalmente se construye socialmente es la de una vejez dependiente, inactiva, basada en la pérdida y el deterioro. No obstante el alargamiento del ciclo vital y las mejores condiciones de vida durante la vejez, revelan que ésta es una

²⁷ La Gerontología estudia al hombre como unidad y en el medio social; se ocupa del envejecimiento como proceso. La Geriátrica es la rama de la medicina que se ocupa del cuidado de los ancianos y su campo lo forman los problemas fisiológicos y patológicos de los ancianos.

²⁸ La vejez es una experiencia con múltiples determinantes; depende de un balance complejo entre aspectos físicos, sociales y emocionales. Generalmente los cambios más notables y a los que tememos más son de orden biológico y fisiológico. Sin embargo, existen cambios sociales que no necesariamente están ligados a pérdidas, que pueden implicar la resignificación de nuevas experiencias satisfactorias, y no meramente una postergación ante los cambios.

²⁹ Y no como en algunas ocasiones suele concebirse a la vejez, estableciendo un rompimiento que trae aparejado una serie de fatalidades que no tienen relación con la vida anterior del sujeto y su contexto sociocultural.

³⁰ A medida que las personas envejecen cronológica, biológica y psicológicamente, cambian sus funciones y sus relaciones sociales también se modifican.

³¹ El contexto social influye en el significado que la persona dan a la vejez.

³² Por ejemplo, la condición física de la persona afecta la conducta social y viceversa.

realidad heterogénea que requiere de una reconstrucción y redefinición (es decir, se plantea el cometido de desmitificar y romper con los estereotipos ligados a la vejez que la conciben en términos de pérdidas, declive).

Sin embargo, a mi entender ello tampoco supone como antídoto partir a la búsqueda de una visión “exitosa” de la vejez. Asociar esa imagen “exitosa” de envejecimiento nos enfrenta al riesgo de pretender encontrar y brindar recetas para ser jóvenes siempre, desde determinados criterios y modelos, manteniendo los parámetros juveniles³³, reciclando la identidad anterior, pero sin llegar a tomar real contacto con la experiencia de envejecer, tratando de solapar el momento con un manto juvenil.

La generación de imágenes eufóricas de la vejez, ligadas a mostrar vitalidad y belleza desde el lugar del joven, considero no contribuye a desmitificar prejuicios. Y si a ello sumamos la escasez de propuestas capaces de mostrar una idea de vejez basada en otros parámetros de belleza, de productividad, de utilidad, diferentes a los que hegemonizan el sistema capitalista³⁴, nos encontramos entonces con evidentes dificultades para aceptar al “viejo” desde su realidad³⁵. Entre otras cosas, subyace el miedo a nombrar “viejo”, disfrazando a través de eufemismos esa condición que parece necesario tratar de atenuar.

Sin desestimar los posibles aportes de una visión que apuesta a un envejecimiento activo e independiente³⁶, y reconociendo que muchos de los programas destinados a la tercera edad demuestran que la experiencia de envejecimiento puede ser vivida de manera innovadora y gratificante, considero importante tener presente la diversidad de situaciones implicadas al hacerse referencia a la tercera edad. Entre otras cosas destaco la existencia determinadas problemáticas (pobreza, violencia, abuso) que es necesario considerar en sus múltiples determinantes e implicancias. Asimismo posibles situaciones vinculadas, entre otras, a los cambios y readaptación que deber realizar la persona al momento de jubilarse; las transformaciones en la conformación familiar, los vínculos, las situaciones de institucionalización o soledad; los dificultades relacionadas a problemas de salud, pérdida de habilidades cognitivas, de controles físicos y mentales... etc. De no tomar en cuenta estas (y otras posibles) vivencias, quedaríamos limitados a una propuesta de buenas intenciones, sin ahondar en los problemas que nos plantea la realidad.

³³ La sociedad moderna basa su cultura en el trabajo y el consumo, es una sociedad orientada básicamente hacia la juventud y los valores de esta.

³⁴ Desde los medios de comunicación se promociona un nuevo mercado de consumo para la tercera edad (tecnologías de rejuvenecimiento, nuevas formas de ocio y entretenimiento, etc).

³⁵ Es como si de pronto (desde la modernidad) se pudiese ver a los viejos, reconocer su existencia pero de una forma socialmente aceptable.

³⁶ Considero positivo que se busquen canales de participación social, cultural, etc para los adultos mayores.

Tener en cuenta las complejidades implicadas en el proceso de envejecimiento, creo posibilita mejores alternativas al momento de intervenir, apostando a una concepción realista del envejecimiento, desprovista de prejuicios y estereotipos, así como también de un optimismo desmedido. Dicha postura supone aceptar el envejecimiento como un proceso , donde intervienen diversos factores, no existiendo un modo único de envejecer. Supone también asumir que como proceso, el envejecimiento puede implicar una mayor probabilidad de deterioro paulatino y de manera irregular en ciertas capacidades del ser humano; pero también permite considerar la influencia de factores de carácter psicológico, ambiental y social que intervienen e inciden significativamente en la forma como lo vive y enfrenta cada persona³⁷.

Se intentó por tanto acercarse a un concepto de envejecimiento caracterizado como parte del proceso vital, como una fase del desarrollo humano no homogeneizante (es decir, las personas comparen algunas características comunes que sin embargo no las hacen iguales). Se entiende entonces como un proceso con fuerte connotación socio-cultural, en el que intervienen múltiples variables.

³⁷ Paulatinamente se ha ido conociendo que, dentro de la condición de ser “bio-psico-social” del ser humano, los procesos psicológicos y sociales no tienen por que seguir los mismos patrones de desarrollo que los procesos biológicos. En efecto, mientras que en estos últimos el modelo es de desarrollo, seguido de paulatino e irreversible declive hasta la muerte, en los procesos sociales y psicológicos existe un desarrollo en los primeros años, que puede ser seguido de una estabilidad o incluso de un crecimiento a lo largo de todo el ciclo vital, de acuerdo a diversos factores que hacen a la variabilidad individual (culturales, sociales, económicos, etc). Estos conceptos han llevado a que últimamente se acepten los resultados de los estudios de la psicología del envejecimiento como un aporte al campo de la gerontología. Estas investigación concluyen que el desarrollo humano no es secuencia, sino alternado. No existe un crecimiento lineal, seguido de un declive, sino que cada etapa contempla aspectos de ganancia y pérdida, en un interjuego entre crecimiento y declive. (Paredes, M. (a), 2006)

APORTES METODOLÓGICOS PARA EL ANÁLISIS

Anteriormente se señaló como importante, al momento de intervenir en Trabajo Social (así como en otras disciplinas) el evitar generalizaciones, destacando en lo que respecta a la vejez, que se trata de una realidad determinada por la acción conjunta de varios factores (biológicos, sociales, económicos, ambientales), a la vez que disfrazada de mitos y prejuicios. Atendiendo a la complejidad referida considero necesario reflexionar desde qué lugar y con qué objetivos se realiza la práctica del Trabajador Social, previo a profundizar en una propuesta de trabajo con tercera edad desde nuestra disciplina.

Superficialmente la labor del trabajador social puede asimilarse a un actuar para brindar respuestas puntuales a necesidades planteadas en lo cotidiano; pensar en soluciones provisorias e inmediatistas a distintas demandas, quizá lleva a pensar que lo que define y particulariza al Trabajo Social es la inserción de sus profesionales en prácticas concretas. Trascender dicho inmediatismo impone la necesidad de profundizar en aquellas herramientas que posibilitarán un mejor abordaje ante la complejidad de la realidad con que nos enfrentamos.

Aunque existen varios aportes en lo que respecta al quehacer profesional del Trabajador Social y es vasta la discusión (lo cual excede los límites de este trabajo), me parece pertinente en este caso profundizar el análisis en base a dos líneas de opinión, vigentes en nuestro medio académico. Consideraré entonces los aportes realizados por Paulo Netto y Margarita Rosas en lo que atañe a la labor profesional.

En tal sentido, desde la línea interpretativa de la UFRJ (Universidad Federal de Río de Janeiro) Netto concibe al Trabajo Social como una profesión institucionalizada, dentro de la división técnica y social del trabajo, que surge ante la necesidad de dar respuesta a la cuestión social en el marco de la instauración del capitalismo monopólico³⁸. La función del Trabajador Social no se explicaría entonces por sí misma, sino por la posición que ocupa en la división sociotécnica del trabajo.

³⁸ “(...) la profesionalización del Servicio Social no se relaciona decisivamente a la ‘evolución de la ayuda’, a la ‘racionalización de la filantropía’, ni a la ‘organización de la caridad’; se vincula por el contrario, a la dinámica de la organización monopólica” (Netto, 1997: 68)

Esta es una de las profesiones³⁹ que se institucionaliza para dar respuesta a demandas históricamente determinadas. Surge como profesión cuya “funcionalidad” en la sociedad remite a la “ejecución terminal” de políticas sociales segmentadas⁴⁰. Ello teniendo en cuenta que la intervención estatal sobre la cuestión social se realiza fragmentándola y parcializándola, siendo que las secuelas de la cuestión social son recortadas como problemáticas particulares (*el desempleo, el hambre*) y así enfrentadas. Es decir, la realidad social aparece fragmentada en problemáticas particulares que son atendidas por políticas sociales sectorializadas.

En cuanto a la evolución histórica de la intervención profesional, Netto destaca su estructura sincrética en términos teóricos y operativos, como su núcleo organizativo y su norma de actuación. Al respecto señala: “El sincretismo nos parece ser el hilo conductor de la afirmación y del desarrollo del Servicio Social como profesión, su núcleo organizador y su norma de actuación. Se expresa en todas las manifestaciones de la práctica profesional y se revela en todas las intervenciones del agente profesional como tal”. (Netto, 1997: 89)

Dicho sincretismo se relaciona, según el autor, con un objeto disciplinario difuso y “recortado” de la totalidad concreta⁴¹, y con la subordinación teórica respecto al desarrollo de las ciencias sociales⁴². Este tipo de estructura tiene su contrapartida, teórica e ideológica, en el eclecticismo⁴³ que dificulta la elaboración teórica-metodológica de la profesión a partir de su propia intervención⁴⁴. Desde esta perspectiva, la génesis de nuestra profesión revela ciertos obstáculos para llegar a una concepción metodológica que supere la intervención utilitaria, manipuladora, dada la histórica relación con el pensamiento

³⁹ “No es cariz exclusivo del Servicio Social esta funcionalidad, que él comparte con un creciente elenco de especializaciones profesiones (cientistas sociales de todo tipo que se dedican a ‘tareas prácticas’ a servicio del capital, publicistas, experts en ‘relaciones industriales’, etc)”. (ibídem: 93)

⁴⁰ “La aprehensión de la particularidad de la génesis histórico-social de la profesión, no se agota en la referencia a la ‘cuestión social’ tomada abstractamente; está hipotecada al concreto tratamiento de ésta en un momento muy específico del proceso de la sociedad burguesa (...)” (ibídem: 6).

⁴¹ “(...) la problemática que demanda la intervención operativa del asistente social se presenta, en sí misma como un conjunto sincrético; su fenomenalidad es el sincretismo –dejando en la sombra la estructura profunda de aquélla que es la categoría ontológica central de la propia realidad social, la totalidad” (Netto, 1997:92)

⁴² Aun considerando que “no existe una ciencia social: existen teorías sociales –algunas con pretensión de ciencia” (Netto, 2000; 76), el autor destaca respecto a la relación de éstas con el Servicio Social, que “el Servicio Social no participará del proceso como interviniente que protagoniza su desarrollo interno, por el contrario será un receptor de los resultados de ese desarrollo. No estará vinculado a la producción de los saberes especializados de las ciencias sociales: recibirá sus productos” (Netto, 1997:149)

⁴³ Se menciona el caso por ejemplo “de aquel asistente social que es ‘marxista’ para considerar las luchas de clases de la historia, pero a la hora de estudiar las relaciones profesionales y pensar en el ‘cliente’ recurre a la fenomenología. Es evidente que esto no ocurre en la realidad; esto conduce al eclecticismo” (Netto, 2000: 73)

⁴⁴ “El sincretismo, en su reposición intelectual, trae como inevitable compañía el eclecticismo teórico” (Netto, 1997: 93)

conservador y las corrientes positivistas⁴⁵; ello en desmedro de una concepción metodológica que permita aprehender la realidad en su totalidad y movimiento.

Sin embargo, aún considerando un hipotético avance respecto a la tradición positivista, ello no habilita al Trabajo Social la posibilidad de una metodología propia y específica⁴⁶. El Trabajo Social surge como profesión, caracterizada por la intervención ante las refracciones de los problemas sociales, no como una rama de saber especializada, lo que “cancela una pretensión teórico- metodológica propia y autónoma” (ibídem,154). La búsqueda de un método propio conduce a una propensión empirista, aferrándose “al método científico” concebido como una secuencia de fases y procedimientos (diagnóstico, planificación, ejecución, evaluación). Es decir, la aspiración de un método propio (reducido a una suma de procedimientos), va en desmedro a la comprensión de la realidad⁴⁷. Si no se establecen las categorías analíticas a partir de la propia especificidad de la realidad⁴⁸, lo metodológico no supera lo meramente fenomenológico-operativo (una sucesión de pasos a seguir, sin conocer críticamente la realidad). El desafío planteado por Netto consiste pues en descifrar esa realidad, a partir de una visión totalizante.

Al pensar una posible intervención ante esa realidad, Netto destaca que si conocer un objeto significa desvendar su esencia partiendo de su apariencia, de lo fenoménico, intervenir en esta realidad no debe significar una lógica diferente: se debe partir de la realidad y construir, en función de ésta, de las condiciones histórico-materiales y de los intereses de los actores, la estrategia más adecuada. Por ello más que método único, el Servicio Social establece estrategias variadas, definidas a posteriori de su relación con el objeto. En tal sentido, Netto señala que frecuentemente se confunde método con pautas de intervención; aún asumiendo la utilidad de éstas como estrategias de acción, ello no habilita a hablar de metodología. Detrás de este tipo de confusiones está la “idea de que el objeto del conocimiento es determinado por el sujeto. Es decir, el sujeto establece el objeto sobre el cual va a actuar (...) aquella concepción donde se supone que es posible recortar un

⁴⁵ “(...) lo que la intervención manipuladora reclama frecuentemente son paradigmas explicativos aptos para permitir una orientación de procesos sociales tomados segmentadamente. Es visible la compatibilidad de esta necesidad con la matriz positivista. Ella disponibiliza el sistema de saber que referencia al Servicio Social a los influjos empiricistas y pragmáticos”. (ibídem: 95)

⁴⁶ “La alternativa de una Servicio Social profesional liberado de la tradición positivista, y del pensamiento conservador, no le retira su estatuto fundamental: el de una actividad que responde, en el cuadro de la división social (y técnica) del trabajo de la sociedad burguesa consolidada, a demandas sociales practico-empíricas. O sea: en cualquier hipótesis el Servicio Social no se instaurará como núcleo productor teórico específico” (ibídem: 153); por lo tanto “al Servicio Social está siempre impedida, una construcción teórica específica (y por consecuencia, la construcción de una metodología particular)”. (ídem)

⁴⁷ Lo metodológico vería recortado su contenido al pretender plantearse como algo propio del Trabajo Social, imposibilitando un diálogo fecundo con la realidad (dada la tendencia clasificatoria y manipuladora de lo real).

⁴⁸ “Falta una reproducción veraz del movimiento del ser social, extraída del análisis concreto de formas sociales determinadas” (Netto, 1997: 95)

fenómeno de la realidad en partes, abstraerlo, estudiarlo en sí mismo, y después remitirlo, reenviarlo a la totalidad social; donde se supone que es posible construir un objeto de investigación”. (Netto, 2000: 73).

Respecto a ese acercamiento a la realidad, y en lo que atañe al conocimiento del objeto de intervención profesional en Trabajo Social, creo oportuno avanzar en el análisis integrando los aportes propuestos por Margarita Rozas, docente de la Universidad Nacional de la Plata, Facultad de Ciencias Sociales (UBA). Con relación a ello, Rozas señala que existen distintas problemáticas que formulan los actores sociales; dichas problemáticas son expresiones de necesidades sociales⁴⁹ que tienen connotaciones materiales y simbólicas. Y es con relación a estas problemáticas que se constituye el objeto de intervención profesional⁵⁰ en Trabajo Social.

Rozas destaca la complejidad de ese objeto de intervención, el cual “se estructura” en la reproducción de las prácticas cotidianas de los actores que son portadores de necesidades, intereses, racionalidades y saberes distintos. Es decir, la comprensión integral de ese objeto de intervención, requiere considerar el contexto inmediato en el que esos intereses y racionalidades⁵¹ se manifiestan. Dicho contexto está dado por la reproducción cotidiana de la vida social⁵².

Para comprender la complejidad del objeto de intervención, la autora propone el concepto de “campo problemático”, como respuesta al “sobre qué se interviene en Trabajo Social” (Rozas, 1998: 59). Desde esta perspectiva el objeto de intervención pretende ser analizado en forma dinámica, diferenciándose de aquellas posturas que tienen una mirada estática, pues “fijan un problema como si tuviese una entidad propia vaciada de sus relaciones y conexiones más significativas con las diversas dimensiones que hacen a la vida social de los sujetos (...). Este supuesto nos aleja de aquellos que consideran que la acción esta referida a la búsqueda de significados en la regularidad que expresa la evidencia de los hechos, tendencia positivista que ha marcado una forma de concebir el ejercicio profesional” (ibidem, 59). Ello considerando que las prácticas sociales se diferencian del ámbito de la naturaleza pues no existe un principio de uniformidad en las circunstancias y

⁴⁹ Rozas destaca que las posibilidades de satisfacción de las necesidades están condicionadas por “la lógica de valorización del capital”, en la cual el lugar de los sujetos está diferenciado por la “inequitativa distribución de los recursos y falta de oportunidades” (Rozas, 1998: 25). La naturaleza de esas necesidades es por tanto social (responde a determinantes económicos, políticos, culturales); reducir las necesidades a un problema individual es ocultar su verdadera naturaleza.

⁵⁰ Entendido como “una construcción del pensamiento, basado en datos que aportan a la comprensión de la relación sujeto-necesidad” (ibidem, 61)

⁵¹ Las necesidades que los sujetos expresan a través de sus demandas.

⁵² Rozas señala que el objeto de intervención se construye “desde la reproducción cotidiana de la vida social de los sujetos, explicitada a partir de múltiples necesidades que se expresan como demandas y carencias y que de esta forma llegan para ser canalizadas o no” (ibidem, 60).

acontecimientos. Rozas admite que existe cierto nivel de regularidad en el sentido de “reproducción cotidiana”⁵³, en base a un “saber cotidiano”⁵⁴ pero destaca que el sujeto no es cautivo de esa reproducción, sino por el contrario, un agente dinámico y transformador.

En dicho contexto cotidiano, las prácticas sociales reproducidas por los actores sociales, se fundamentan en sus distintos intereses, motivos y razones; ello expresa el lugar diferenciado de los sujetos en esta sociedad, por lo que “el objeto de intervención nace en la interrelación de esos intereses, motivos y razones” (ibídem, 69). El posicionamiento ante esa realidad debe permitir al Trabajador Social una lectura crítica, enriqueciendo su explicación con los análisis que proviene de una mirada microsociedad de la vida de los actores. En cuanto a esto, Rozas destaca que en general las ciencias sociales analizan esas prácticas sociales a partir de la explicación de las circunstancias estructurales o sistemáticas de los actores, dejando un vacío en lo que respecta a la cotidianidad de los sujetos.

Se subraya que la vida cotidiana tiene una relación específica con el Trabajo Social ya que el concepto de vida cotidiana “expresa la trama social, en la cual los sujetos articulan su existencia, con relación a la lucha por la satisfacción de sus necesidades” (ibídem, 40). Este contexto de cercanía a la vida de los sujetos es el que posibilita desentrañar cómo se expresa la conflictividad de la cuestión social⁵⁵. El Trabajo Social “ha manipulado las necesidades de los demás imponiendo su propio saber, y sin recuperar el saber de los demás reproduciendo, de este modo, la manipulación de las necesidades impuestas por la lógica del capital y por el carácter conservador de la intervención que sostiene la lógica de la relación recurso-demanda” (ibídem, 32). Por lo tanto es importante que el Trabajador Social, al momento de pensar la intervención, sea capaz de captar cual es el sentido de la acción de los sujetos sobre todo referido a la lectura que ellos realizan sobre sus necesidades, qué significado le dan a éstas. Es fundamental también saber escuchar, comunicarse y registrar cómo los sujetos reproducen, generalizan y transmiten los hechos de su vida para así poder plantear una estrategia de intervención que sea válida para los sujetos. Rozas enfatiza que la naturaleza de la profesión, por estar vinculada a la vida

⁵³ Define la reproducción cotidiana de la vida social como “el conjunto de las actividades que los hombres realizan” (ibídem: 68), destacando que es la verdadera esencia de la sustancia social, ya que el hombre participa integralmente en dicha reproducción valiéndose de sus sentidos, habilidades, capacidades, pasiones, ideas, ideologías, etc.

⁵⁴ El saber cotidiano es un saber instrumental, válido en la práctica, caracterizado como una opinión socialmente establecida sobre las cosas empíricas y emocionalmente vinculadas.

⁵⁵ En lo que respecta a la cuestión social, Rozas señala que ésta “se entiende como la expresión de la relación contradictoria entre capital-trabajo” (ibídem: 45); no obstante esa comprensión general e inicial requiere ser recreada “en el marco de las actuales transformaciones que hacen al trabajo y la protección social (...) como expresión ideológica de las profundas modificaciones sufridas en el seno mismo del modo de producción capitalista” (ibídem: 45); por ello Rozas refiere a ‘la cuestión social hoy’.

cotidiana de los sujetos, debe considerar en cada una de sus acciones profesionales el desarrollo múltiple, los intereses y las potencialidades del sujeto.

Netto también refiere a la vida cotidiana con relación al Trabajo social, como espacio concreto de cercanía con los individuos y sus necesidades. Destaca que el tratamiento de la vida cotidiana requiere de un análisis crítico capaz de dar cuenta del modo de ser y reproducirse del ser social. En tal sentido postula la necesidad de superar el pensamiento positivista, incapaz de trascender lo empírico, plasmando “representaciones puramente instrumentales de interacción del individuo con el mundo” (Netto, 1987: 74). Dichas posturas confunden la objetividad inmediata de la vida cotidiana (pseudoconcreción) con la concreción de la realidad, quedándose en lo inmediato, en lo empírico⁵⁶. Postula también la necesidad de no limitarse a lo descriptivo de los hechos, ya que debe considerarse la participación de los actores sociales, los protagonistas que explican los hechos.

Así como con el concepto de fetichismo Marx se refería a como la mercancía “escondía” relaciones sociales de producción, Netto señala que el complejo de relaciones interpersonales que los hombres entretejen en su vida cotidiana conduce a la “reificación”, ya que las relaciones se “cosifican” desdibujándose los rasgos genéricos-humanos⁵⁷. En la medida que las sociedades se vuelven complejas, la categoría trabajo ya no articula el mundo total de relaciones humanas ni monopoliza las formas de alineación. El mundo de la vida cotidiana aparece como el campo propicio para esta última, para un estar en el mundo de manera práctica y utilitaria, sin superar las “apariencias”. Aunque la vida cotidiana no es necesariamente alienada, es importante superar lo “cotidiano alienado”, es decir, lo “cotidiano” como conglomerado de cosas y relaciones. Al respecto, Netto señala como determinaciones de la cotidianidad: la heterogeneidad⁵⁸; la superficialidad extensiva⁵⁹; la inmediatez⁶⁰. Agrega que en la vida cotidiana el hombre actúa como un todo, como un “hombre entero” poniendo en juego todas sus capacidades pero siempre en el plano de lo singular, del yo. Para trascender a esa singularidad que caracteriza a la vida cotidiana, el hombre necesita superar el “materialismo espontáneo” (tendencia al pragmatismo).

⁵⁶ Aboga por el método del “concreto sensible” al “concreto pensado”, postulando la decodificación de lo cotidiano a través de nexos causales que lo reponen en el plano del pensamiento.

⁵⁷ Netto señala que “La problemática axial de la vida cotidiana contemporánea es bien diversa de aquella que Marx conoció directamente; reside no casualmente en el conjunto de procesos y fenómenos conducentes a una forma peculiar de alienación, la reificación” (Netto, 1987: 85)

⁵⁸ En la vida cotidiana simultáneamente se ponen en movimiento proceso de naturaleza diversa, diferentes actividades que componen el conjunto de objetividades del ser social.

⁵⁹ En la vida cotidiana se ponen en juego todas las capacidades, más no toda la capacidad del hombre, para responder a diferentes necesidades sociales

⁶⁰ En la vida cotidiana el patrón de comportamiento es la relación directa entre pensamiento y acción, en forma espontánea.

homogeneizando sus facultades en dirección a un proyecto que prevalezca frente a los intereses inmediatos y particulares.

Para analizar esa realidad, el profesional debe estar provisto de las herramientas teóricas que le posibiliten entenderla más allá de las apariencias; requiere de una perspectiva metodológica integrada, totalizadora, acompañante fiel del movimiento de lo real⁶¹. Netto propone una postura teórico-metodológica forjada en relación al objeto de estudio, por la cual “el sujeto que investiga puede re-producir intelectualmente el proceso del objeto investigado, para captar el movimiento constitutivo del ser social” (ibídem, 75). Ello posibilita aprender la “historicidad” de los procesos en forma simultánea a sus “particularidades”, a sus especificidades.

Por su parte Rozas alude a la determinación del objeto en el contexto particular en el cual se desarrolla el “movimiento real de los actores sociales”⁶², mediado por una metodología y categorías de análisis; ello posibilita su elaboración intelectual como objeto de intervención pensado⁶³. En este sentido, el objeto de intervención como “campo problemático” no aparece de inmediato en la realidad, es una construcción del pensamiento basado en datos que aportan a la comprensión de la relación sujeto-necesidad. De esta forma, el acercamiento del Trabajador Social a esa trama de relaciones, le muestra una realidad compleja, difícil de procesar solo en la observación de los datos de la realidad inmediata⁶⁴. Por ello la metodología debe posibilitar, junto a la teoría, “develar la complejidad de la cuestión social traducida en el campo problemático para intervenir” (ibídem, 76). Teniendo esto en cuenta, la metodología es entendida por Rozas como “un conjunto de procedimientos que ordenan y dan sentido a la intervención, pero fundamentalmente como una estrategia flexible que articula la acción específica del trabajador social con el contexto” (ibídem, 70). Ello posibilitará una reflexión dialéctica y crítica al momento de intervenir.

⁶¹ Netto advierte que “Sin los instrumentos teóricos elaborados por la crítica de la economía política marxiana es impensable el desvelamiento de la facticidad en cuestión y su decorrer en la estructuración de la vida cotidiana contemporánea” (ibídem, 90)

⁶² Facilitando así un acercamiento a las prácticas concretas que dan lugar a la producción cotidiana de la vida social.

⁶³ Rozas señala que la determinación del objeto de intervención no debe ser entendida como una construcción puramente racional o como producto de un ordenamiento empírico. Por el contrario, esa construcción pretende ser concebida como un proceso teórico – práctico. Es decir, alude a una sustentación teórica vinculada a la práctica, ya que la intervención deberá fundamentarse en un conjunto de conceptos que guíen ese accionar profesional.

⁶⁴ Destaca que es necesario trascender “los límites de la reproducción empírica de la realidad” (Rozas, 1998: 62)

Capítulo Cuarto

VEJEZ Y QUEHACER PROFESIONAL

A modo de reflexión respecto a los aspectos antes señalados, vuelvo al punto de partida que motivó dicho análisis metodológico: la complejidad de la realidad. Teniendo en cuenta las múltiples determinaciones y derivaciones referidas en nuestro quehacer profesional, entiendo que la comprensión de los hechos debe acompañar su devenir, adecuando el pensamiento a la realidad (y no viceversa). Es por ello que considero un contrasentido pretender encontrar respuestas acabadas a los inquietudes que motivan el interés por la tercera edad. Pretendo si posibilitar a través de este análisis una contribución más a esta temática, apostando a una visión que desde nuestra disciplina ahonde en su conocimiento y problematización. Por consiguiente, en lo que sigue de este trabajo propongo ciertos planteos a modo de guía para pensar el Trabajo Social en relación a la tercera edad (tomando en cuenta los aspectos hasta aquí considerados).

Un factor que acrecienta la relevancia de la temática de la tercera edad en relación con nuestra profesión, es el creciente interés por el tema, motivado entre otras cosas, por el cambio sustancial en la composición poblacional⁶⁵. En nuestro país el descenso en la natalidad unido a un aumento en la expectativa de vida (que responde entre otros hechos a los adelantos en el cuidado y mantenimiento de la salud), deriva no sólo en un aumento del número de adultos mayores sino también en un incremento de su peso relativo en la población total (según el Censo de 1996, la población de 65 años y más representa el 12,8% en relación a la población total). Cabe preguntarse entonces qué representan las cifras de envejecimiento de nuestra población... ¿tienen sólo un significado estadístico, o involucran otras implicaciones?

El impacto del envejecimiento en nuestra sociedad es una realidad que presenta diversos desafíos. Entre otras circunstancias se plantea que Uruguay se ubica entre los países más envejecidos de la región, con indicadores demográficos similares a los países europeos pero en un contexto socio económico de tercer mundo. Ello origina diversas implicancias sociales, económicas y políticas que requieren la búsqueda de soluciones

⁶⁵ Mariana Paredes (2006) señala que la vejez es una etapa de la vida de los individuos que probablemente será cada vez más frecuente y cada vez más larga. Por lo tanto en el Uruguay de hoy pensar con relación a la atención y los derechos de la vejez no es solo un desafío sino también una necesidad social (una necesidad para el desarrollo del país)

oportunas, pertinentes y viables en consonancia con los recursos existentes o a desarrollar (cabe mencionar por ejemplo la necesidad de servicios sanitarios especializados en geriatría, o la coordinación de los servicios existentes en función una lógica de atención consensuada entre los involucrados).

Otro factor ha considerar entonces, es el creciente reconocimiento de la población anciana como un grupo definido e identificable⁶⁶, cuyos intereses y necesidades (observadas o potenciales) deben ser atendidos. Las estrategias que en el pasado se diseñaban para la atención de la vejez (cruzadas con la categoría de pobreza), se orientaban a su cuidado como un problema de mendicidad y las acciones eran de tipo caritativo: creación de hospicios y asilos para la población pobre⁶⁷. El interés científico en los aspectos sociales de la vejez puede considerarse pues un fenómeno casi exclusivo del presente siglo (la gerontología social comienza a desarrollarse como disciplina en la década de 1950⁶⁸).

En nuestro país, en mayor o menor grado, se ha procurado la atención de los adultos mayores⁶⁹; sin embargo, más allá de cierta sensibilización y discusión en torno a las necesidades de la tercera edad (acceso a recursos, bienes y servicios que aseguren su satisfacción), persisten aun, como parte del imaginario colectivo, ciertas ideas erróneas acerca del envejecer y la vejez, perjudicando de esta manera la adecuada inserción e integración social del adulto mayor, así como también influyendo e impactando en la

⁶⁶ Tal como se señaló en el apartado referido a conceptualización de la tercera edad

⁶⁷ Las primeras aproximaciones a la tercera edad, por lo tanto, han sido aquellas que la perciben y conceptualizan desde la vulnerabilidad, la filantropía y protección, unidas a una visión asistencialista, que concibe a la persona anciana como sujeto pasivo y sólo receptor de beneficios.

⁶⁸ El desarrollo de la gerontología se vincula a circunstancias en que surge una preocupación por el aislamiento social y la baja estima que caracterizaba la vida de muchos ancianos y ancianas norteamericanos. Este tipo de población se convierte en objeto de estudio, no sólo porque emerge como un grupo numéricamente considerable, sino también porque como grupo sus problemas sociales son lo suficientemente serios como para requerir la atención de la sociedad. Así, a través del trabajo hecho principalmente por científicos sociales norteamericanos, han surgido un número de teorías diferentes para explicar los cambios socio psicológicos que tienden a acompañar la vejez. La base fundamental para el desarrollo de las principales teorías sociales, es la revelación de que los cambios de la vejez no son resultado único de variables físicas y materiales sino también de variables psicológicas y sociales tales como status, rol y personalidad.

⁶⁹ En nuestro país, el Banco de Previsión Social tiene a su cargo las prestaciones económicas en lo que se refiere a jubilaciones y pensiones de carácter contributivo, así como pensiones a la vejez para personas mayores de 70 años sin recursos económicos. En lo que respecta a la atención de salud, aunque son escasos los servicios externos organizados específicamente para ancianos (tanto en el sector público como en el privado), merece destaque la Cátedra de Geriatría y Gerontología del Hospital de Clínicas; este servicios que no cuenta con camas de internación, tiene a su cargo la formación de post-grado de médico Geriatra-Gerontólogo. También merece destaque la labor que desarrolla el Servicio de Geriatría del Hospital Policial. En Servicios de internación debe mencionarse al Hospital Hogar Dr. Luis Piñeyro del Campo. El resto de los servicios está constituido por Sanatorios, Casas de Salud, Residenciales; la supervisión de este sector está bajo la orbita del Ministerio de Salud Pública y el Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. Cabe agregar la existencia de numerosos clubes y organizaciones de ancianos creados por ellos o por comunidades sociales, a lo que se agrega la labor desarrollada por ANEPA (Agrupación Nacional de Entidades Privadas pro Bienestar Social del Anciano) en la promoción de Salud y actividades sociales de los ancianos.

estructura y organización familiar⁷⁰. Cabe señalar entonces que la búsqueda de mejores alternativas al momento de pensar en su bienestar, requiere de una discusión que no pasa sólo por lo económico sino también por la conceptualización que se realice respecto a los adultos mayores.

Para describir el proceso de estereotipar y discriminar a las personas por ser mayores se acuñó el término “viejismo”. “Viejismo” es el concepto que Robert Butler (psiquiatra estadounidense) definió en 1969 refiriéndose a una actitud social que caracteriza en general a los adultos mayores como físicamente no atractivos, improductivos, enfermos y quejosos. Butler señala que el “viejismo” deriva en discriminaciones que se aplican a los viejos en función de su edad, y compara el “viejismo” con el racismo, el sexismo y la discriminación religiosa, acentuándose cada vez más, pues es una idea que se les inculca a los niños desde pequeños⁷¹. Tiene una raíz muy fina, difícil de objetivar, que nosotros mismos creamos y que algún día nos afectará. Así el sujeto que envejece se enfrenta a una desvalorización social, consecuente con un modelo cultural que define a la vejez como una etapa de decadencia en lo físico y en lo mental; asimismo se enfrenta a su autodesvalorización, en la medida en la que él es parte del colectivo social que lo discrimina y comparte su cuerpo de valores.

Varios factores refuerzan el “viejismo”⁷², pues los adultos mayores ya no son portadores de lo que esta sociedad consumista preconiza como modelos: la belleza, el poderío físico y el ser productivo (lo que equivale en esta sociedad a no ser útil). La noción de Butler resultó entonces un argumento que supo poner nombre a lo ya observado por diversos profesionales. Y supuso un argumento adecuado para definir una nueva posición frente a la problematización de la temática, dado que el “viejismo” está basado fundamentalmente en prejuicios negativos contra un grupo etéreo y representa una forma más de discriminación social. Nombrar a un individuo “viejo” es ofensivo⁷³, y si bien las diversas denominaciones (adulto mayor, tercera edad) implican esfuerzos de modificar el

⁷⁰ La familia ha sufrido una serie de cambios principalmente a nivel estructural para adaptarse a las nuevas demandas y exigencias sociales y culturales. Al respecto De Martino, M. (2001) destaca la resignificación de las relaciones de género e intergeneracionales acaecidas en el sistema neoliberal, “el espacio y el tiempo doméstico traspasado por profundas transformaciones” (ibídem, 108), caracterizando esos cambios bajo la denominación de “neo-familiarismo”.

⁷¹ Es decir, el “viejismo” es un prejuicio, una actitud no pensada sino incorporada a través de los años y transmitida en tanto por la cultura. Podemos decir que no es una actitud general pero sí frecuente, que depende mucho de las identificaciones que de pequeños hacemos con nuestros mayores.

⁷² Por ejemplo ver a la persona que envejece declinar físicamente.

⁷³ Si el proceso se denomina envejecimiento, es esperable que a las personas que estén en dicha etapa se les llame viejos. Sin embargo se requiere de un proceso de sensibilización para quitar la connotación negativa, de resistencia en relación al término.

lugar asignado, la denominación no alcanza para reconstruir la situación de discriminación; es condición necesaria pero no suficiente.

Discriminación proviene del latín y significa: separar, distinguir, diferenciar una cosa de la otra. Allport, G. (1968) señala al respecto que las personas con prejuicios llevan a la práctica, de modo activo, una distinción hecha en detrimento de algún grupo; la discriminación incluye así toda conducta basada en distinciones que se apoyan en la generalización de ciertas categorías, sin que ello tenga necesaria relación con las capacidades o conducta concreta de la persona individual.

Los prejuicios y estereotipos hacia la vejez son interiorizados por los sujetos desde la primera infancia (provenientes del entorno familiar primero, educativo y social después), deviniendo en actitudes y conductas de rechazo hacia la vejez. Se trata entonces de un problema para el individuo discriminado y para la sociedad⁷⁴. La discriminación es hacia la categoría social “viejo” y en muchas oportunidades deriva en exclusión... ¿de donde se lo excluye? En general de la vida social, de las oportunidades, de ámbitos de participación, afectando ello sus condiciones de vida al brindarle una identidad connotada negativamente, que lo limita en forma simbólica en una forma mucho más amplia y compleja que lo que las propias condiciones materiales de existencia justificarían. Por tanto, en lo que atañe a nuestra profesión, la práctica del Trabajo Social con esta población requiere de una base de entendimiento sobre la vejez⁷⁵ que posibilite propiciar procesos de inclusión. Inclusión orientada a la integración y participación del adulto mayor, a la solidaridad intergeneracional y a la comprensión recíproca.

Esa especie de devaluación social a la que se ve sometida la población de la tercera edad, discriminándola respecto a los valores más apreciados por la modernidad⁷⁶, produce una disminución de las oportunidades sociales que se les ofrece⁷⁷, ya que se concibe que no tienen nada para ofrecer⁷⁸. Por ello, entre otras cosas, la consideración hacia los adultos mayores podría ir cambiando toda vez que se acrecienten las posibilidades reales de las personas mayores para mantener un papel activo y creativo en el sistema social (más allá de los parámetros juveniles), que dé lugar al aprovechamiento del bagaje de experiencias

⁷⁴ Es necesario revisar y superar estereotipos y prejuicios sobre la vejez, que continúan viciando nuestra socialización.

⁷⁵ La falta de información sobre tercera edad puede derivar en que esa labor se base en un conocimiento cargado de mitos, estereotipos, prejuicios y demás.

⁷⁶ Los viejos ya no son portadores de lo que la sociedad generalmetne concibe como valioso. La sociedad moderna basa su cultura progreso, en el trabajo y el consumo, es una sociedad orientada básicamente hacia la juventud y los valores de ésta.

⁷⁷ Debido a la edad, las personas viejas son muchas veces injustamente relegadas y consideradas poco importantes para la sociedad.

⁷⁸ “los ancianos no son productivos”: esa idea nace de una sociedad capitalista en donde se vale por lo que se produce.

personales adquiridas y transformadas en un aporte social⁷⁹. Sin pretender con ello plantear “patrones de vejez satisfactoria”, considero que propiciar variados ámbitos de participación, no “para” sino “con” la tercera edad, puede favorecer los procesos de inclusión social (reconociendo las particularidades de este grupo etéreo).

Los estereotipos sobre la vejez, mediatizan la visión que en general se tiene sobre los aportes que pueden hacer los adultos mayores, así como también de sus necesidades. En tal sentido, en muchas oportunidades son los propios discursos sobre la vejez, los que promueven reducciones y acciones generalizadoras que intentan confirmar en la realidad la idea de “viejo” que previamente se habían formado. De esta manera se los objetiva de un modo particularmente esquemático, promoviéndose respuestas anticipadas del estilo: los adultos mayores requieren de tales prestaciones, ya sea porque son dependientes y no están en condiciones de manejarse solos, o por el contrario porque son personas en actividad, y se les deben crear tales espacios y necesitan realizar tales actividades (sin tener en cuenta su opinión e intereses). Insisto por ello en la importancia de reconocer la heterogeneidad del concepto tercera edad, identificando las características de la población anciana más allá de prejuicios. Dicha reducción es una barrera que obstaculiza comprender a la vejez desde su realidad, más allá de lo que se presume ésta puede llegar a necesitar. Ello conduce a un argumento asistencialista de beneficios y protección, reduciendo al sujeto en un receptor pasivo de asistencia, sin capacidad o derecho que ejercer⁸⁰.

Procurar una intervención fundamentada en la realidad demanda un análisis reflexivo que prevalezca frente a lo que determinada categoría clasificatoria pretenden establecer; de lo contrario gana relevancia la clasificación de la población adulta aludiendo a ciertos rótulos (“dependiente”, “autoválido”, “pasivo”), sin considerar sus implicancias⁸¹. Demanda pues conocer y comprender cada situación, situándonos en un marco de pensamiento basado en parámetros diferentes a los prejuicios, que posibilite superar generalizaciones⁸². Demanda además reflexionar desde qué categorías, y bajo qué criterios se organizan los programas y propuestas existentes que procuran atención a los adultos mayores de nuestro país.

⁷⁹ Ello supone reconocer a la vejez como una etapa natural de la vida, valorando sus posibles aportes y experiencias (los ancianos vivenciaron la experiencia de ser jóvenes, no así los jóvenes respecto a la vejez).

⁸⁰ La idea de igualdad está implícita en la de beneficencia-paternalista pero no la de derecho, que deviene de ciudadanía. El ciudadano es aquel que no sólo tiene derechos, sino que también los conoce y los ejerce, es decir, conciencia ciudadana (Corporación AÑOS, 1999).

⁸¹ Al respecto Netto advierte que “(...) la ‘cuestión social’ es atacada en sus refracciones, en sus secuelas aprehendidas como problemáticas (...). De ahí surge la ‘categorización’ de los problemas sociales y de sus vulnerabilizados” (Netto, 1997: 22)

⁸² Generalizar en el sentido de describir los hechos como exponentes de un modelo que define, por ejemplo, cuáles son las características de los adultos mayores, etiquetando, categorizando.

A esto se agrega la necesidad de reflexionar desde qué lugar y con qué objetivos se realiza la práctica del Trabajo Social, para así poder comprender su significado⁸³. Ello implica pensar en los límites y las posibilidades del Trabajo Social⁸⁴. En los diversos momentos coyunturales, la correlación de fuerzas entre grupos sociales establece los límites y posibilidades en que se puede mover el profesional⁸⁵. Al mismo tiempo las respuestas del Trabajador Social son mediatizadas por las características incorporadas por la profesión en su trayectoria histórica, las cuales van atribuyendo un papel peculiar a la profesión en la sociedad⁸⁶. Problematizar la intervención supone pues abordar las situaciones analizando lo instituido (políticas y programas), reflexionar desde qué concepción se considera al sujeto y qué lugar se le da (es decir, observar cuál es la lógica imperante). Supone asimismo, saber aprovechar los “intersticios”, sin diluirse en ello. Pensar en los límites y posibilidades del Trabajo Social implica ir más allá, para pensar nuestra práctica apropiándonos teórica y prácticamente de las posibilidades reales y efectivas presentes en cada coyuntura nacional; y apropiarse de esas posibilidades, demanda traducirlas en respuestas profesionales creativas, críticas y reales, dentro de los límites establecidos al Trabajo Social, procurando “no caer en una perspectiva voluntarista de declaración de buenas intenciones, que serán derrotadas por la realidad de la practica” (Iamamoto, 1992:165).

Por ello destaco la necesidad de no reducir el espacio profesional a una práctica rutinaria, burocrática, ejecutora de tareas que Netto señala como segmentada y manipuladora⁸⁷. Superar esa visión basada en un sentido utilitarista, implica apropiarse de las posibilidades teórico-prácticas abiertas a la profesión por la propia dinámica de la realidad⁸⁸. Esto no supone el mero rechazo o menosprecio de las tareas que son socialmente atribuidas al Trabajo Social; supone sí la construcción e implementación de estrategias de trabajo que articulen teoría y práctica, análisis y comprensión de la realidad. Supone además la producción de una intervención crítica, capaz de indagar en la

⁸³ Netto (1997) señala que entender la práctica profesional supone insertarla en el juego de las relaciones de las clases sociales y de sus mecanismos de poder económico y político.

⁸⁴ Propiciar los procesos de inclusión antes referidos, supone acciones multidisciplinares y decisiones multisectoriales frente a las cuales al Trabajo Social se le presentan distintas posibilidades de contribución.

⁸⁵ Consideremos entre otras cosas que el Trabajo Social no es una profesión de libre ejercicio.

⁸⁶ Netto señala que “El aspecto nuclear de una intervención profesional-institucional no es una variable dependiente del sistema de saber en que se basa o del que deriva; lo es de las respuestas con que contempla demandas histórico-sociales determinadas” (Netto, 1997: 84).

⁸⁷ En lo cotidiano, frente a los asuntos inmediatos, llegan a imponerse comportamientos de manipulación de lo aparente que, en la continuidad de la acción, deben ser superados para dar lugar a proyectos de intervención cuya intencionalidad sobrepase lo inmediato.

⁸⁸ Realidad determinada y mediatizada por múltiples factores (por ejemplo en el caso de los adultos mayores por factores sociales, económicos, culturales, familiares, etc).

complejidad de la realidad cotidiana⁸⁹, de extraer los elementos de interés para el individuo y de interpretar correctamente un entorno que actúa como mediación a la vez que determina esa realidad.

Por consiguiente, al pensar una propuesta de intervención en tercera edad resulta necesario atender el contexto marco de nuestros ancianos, lo que determina cierto tipo de envejecimientos posibles. Al respecto, el desafío planteado por Netto consiste en descifrar la realidad a partir de una visión totalizante; y más que un método único, plantea que el Trabajo Social se vale de estrategias variadas, definidas a posteriori de su relación con lo real. Reconocer las múltiples condiciones que determinan la situación de quien envejece, posibilita mejores herramientas al momento de intervenir. Es decir, al plantear una intervención (independientemente de que sea a nivel micro, intermedio o macro⁹⁰), debemos tener presente la complejidad de la realidad, considerando que la situación de quienes envejecen, es la concreción del fenómeno de envejecimiento en nuestra sociedad, el que se refleja en las especificidades de las personas con quienes trabajamos⁹¹. Trascender el abordaje de la vejez desde una particularidad sesgada y marcada por un tipo de pensamiento reduccionista, posibilita comprender nuestra intervención en relación con esas “totalidad” de la cual todos somos parte. El análisis de las distintas categorías que determinan, se relacionan y explican la realidad, se señala como necesario ante la actitud “inmediatista” con la cual se enfrentan generalmente los hechos. En tal sentido Netto destaca que el tratamiento de la realidad requiere de un análisis crítico, capaz de trascender lo inmediato⁹²; la actitud crítica se orienta a interpretar, problematizar los hechos, buscando trascender su apariencia al relacionarlos a la totalidad.

Cabe agregar que la recuperación del análisis de la totalidad no debe significar negarnos a considerar la problemática concreta del sujeto, en pos de un análisis más general. Por el contrario, tener en cuenta y comprender la totalidad nos posibilita un mejor encuentro con la problemática del sujeto, atendiendo a la relación entre la vejez como experiencia humana individual y el contexto en el que ésta se produce⁹³. Revisar

⁸⁹ Netto señala que es en lo cotidiano donde las determinaciones de los modos de las relaciones sociales capitalistas (el relacionamiento reificado), se imponen con mayor fuerza para la acción profesional. El gran desafío que se le hace al Trabajo Social es el de la superación de las imposiciones inmediatistas.

⁹⁰ La complejidad de lo real no admite divisiones restringidas a niveles de intervención.

⁹¹ El “real inmediato” que se presenta en nuestra práctica (por ejemplo la realidad cotidiana de cada adulto mayor) está inmersa y relacionada a la realidad de una familia, de un barrio, de una clase social, a la historia y el presente de nuestro país, etc. Tener en cuenta esas determinaciones nos posibilita mejor comprender la situación particular vivenciada por las personas con quienes trabajamos.

⁹² Como conjunto de acciones que tienen validez en sí misma, lo que lleva a considerar que los datos sobre los hechos son la realidad misma.

⁹³ El adulto mayor se construye en diversos escenarios y es por ello que nuestras prácticas devendrán del contexto específico y de la posición que el sujeto asuma.

constantemente la inserción del sujeto en el medio social, posibilita una intervención crítica y reflexiva que trascienda la individualidad a la vez que fortalezca al sujeto como tal. Resulta entonces básico, incorporar como aspecto importante de nuestra intervención, la visión y vivencias de quien envejece, indagando cuál es la relación que establece con su problemática, qué sentido le da, desde qué espacio socio-cultural lo hace. Necesitamos pues saber qué piensan y cómo vive el sujeto su propia vejez, qué cosas le preocupan, cuáles no puede resolver y a cuáles no puede acceder, cómo impacta eso en sus decisiones y opciones, y frente a qué situaciones se resigna.

Respecto a ese acercamiento a la realidad, Rozas señala que la intervención en Trabajo Social se establece en el desarrollo de los procesos sociales reproducidos cotidianamente. Ese es el contexto particular en el cual se desarrolla el movimiento real de los actores sociales, mediado por una metodología y categorías de análisis que posibilitan su elaboración intelectual como objeto de intervención pensado⁹⁴. De no ser analizada esta dimensión, se deja un vacío en la producción de conocimiento respecto a la cotidianidad de los protagonistas. La determinación del objeto de intervención pretende así ser concebida como un “proceso teórico-práctico” (Rozas, 1996), en el sentido que toda intervención tiene una matriz teórica que la sustenta y un instrumental metodológico que le permite recrea dichos conceptos en la realidad social. La comprensión del “sobre qué”, el “para qué”, el “cómo” y “con quién” de la intervención, sólo pueden ser analizados en la medida que estén sustentados teórica y prácticamente. Teóricamente pues partimos del supuesto que toda intervención “se fundamente en un conjunto de conceptos que guían al accionar del profesional” (ibídem, 60). Prácticamente pues el trabajador social no sólo piensa sino también actúa. Por lo tanto “realidad y conceptos se relacionan dialécticamente como construcción de un saber especializado y mediados por una metodología” (ibídem; 59)

En tal sentido, Rozas se pregunta si es viable que Trabajo Social se convierta en una disciplina capaz de dar cuenta de los procesos singulares generados en el ámbito de las estructuras sociales (Rozas, 2006). Desde el punto de vista epistemológico, la preocupación está entonces centrada en la posibilidad de recuperar aquellos procesos particulares que los sujetos viven en su vida cotidiana como expresión de un proceso más general. Dicha preocupación (debate que ha recorrido la historia de la ciencia), ha llevado a dudar sobre la posibilidad de que una sola teoría sea capaz de explicar la complejidad de lo real. La autora

⁹⁴ Rozas señala que la intervención profesional no consiste en desarrollar una secuencia de actividades, ni en ejecutar un proyecto. Se trata de una construcción teórico-práctica, acompañada por una metodología que obra como facilitador de procedimientos. Esa construcción está orientada a un objeto de intervención que expresa la centralidad de las acciones de la profesión en relación a sus objetivos.

señala que el positivismo ha mostrado su debilidad explicativa, ya que la pretensión científica en el análisis de los fenómenos a partir de su relación causa-efecto, está mostrando sus propias limitaciones. Del mismo modo, se cuestiona en el marxismo la linealidad con la que fue vista la historia y, la ubicación de un sujeto único en el proceso de transformación de la sociedad. Destaca que el Trabajo Social tuvo influencia de estas perspectivas de pensamiento, afianzando una forma dicotómica de ver y analizar la realidad, dificultando la posibilidad de recuperar el significado social de una intervención generada en el plano de la vida cotidiana de los sujetos. Y señala que en esta dirección se orienta la preocupación desde la intervención profesional por salir de una comprensión genérica de la realidad, y adquirir un conocimiento más particular de la misma, que le permita una práctica profesional fundamentada en un mayor acercamiento a la vida cotidiana de los sujetos⁹⁵. Agrega asimismo que la recuperación de experiencias profesionales que den cuenta de la vida cotidiana “no puede estar referida a experiencias en abstracto, porque es difícil recuperar procesos sin marcar ejes vertebradores del mismo” (Rozas, 2006).

Surge entonces la necesidad de posicionarnos desde un referente teórico que facilite el análisis de los hechos. Y en lo que respecta al trabajo con tercera edad, considero importante incorporar a la mirada de nuestra disciplina, también la visión de la Psicología, la Antropología, la Sociología y la Medicina; por tanto señalo fundamental el aporte teórico de la Gerontología Social como conformación multidisciplinaria en el estudio integral del proceso de envejecimiento, tanto a nivel poblacional como personal.

Reflexión entorno a la realidad de los adultos mayores en Uruguay como desafío de intervención para el Trabajo Social

Ser viejo en el mundo occidental contemporáneo, remite a configuraciones de valor distintas de otros momentos históricos de nuestra sociedad y de otras culturas. Las diferencias de género, de clase, de formación, etc. también están presentes en la construcción de las representaciones y de las experiencias de envejecer. Éstas son situaciones y posiciones sociales que modifican la percepción y vivencia de ser viejo/a. En lo que respecta a nuestro país, aun cuando el envejecimiento se generaliza como una

⁹⁵ Rozas (2006) señala a la crisis de los paradigma como expresión de la crisis cultural vinculada al fracaso de las promesas de la modernidad. Esta visión de desencanto sobre el progreso nos muestra un escenario de incertidumbre pero también de búsqueda y creación de nuevas oportunidades.

realidad identificable y evidente entre la población, se trata de un proceso que dista de ser homogéneo. Entre otras circunstancias se destaca que la población uruguaya ha seguido un proceso creciente de urbanización⁹⁶, y la población de adultos mayores ha acompasado ese comportamiento; sin embargo las características de ese sector de la población son notoriamente diferentes según lugar de residencia. Las áreas rurales son proclives a generar condiciones de mayor vulnerabilidad ya que las personas que envejecen en áreas rurales tienen menor cobertura de servicios, menor acceso a programas de bienestar social y de salud, y mayor deterioro económico que en las áreas urbanas. Estas características se ven acentuadas por el desplazamiento de los hijos y familiares jóvenes hacia las ciudades, lo cual reduce el tamaño y las posibilidades de acción de las redes familiares de apoyo. No obstante la “cultura rural” puede darle otros niveles de sostén vinculares (hay más tiempo para el relacionamiento y las redes primarias), y al ser un entorno de desarrollo económico con una menor dependencia del desarrollo tecnológico, seguramente su saber acumulado tenga otro valor para el entorno social. Por otro lado la población adulta mayor rural continúa teniendo en gran medida un menor grado de instrucción formal o un mayor índice de analfabetismo que la urbana; las áreas rurales muestran una tasa de analfabetismo en esta población que duplica el nivel urbano.

Si bien Uruguay es uno de los países de América Latina con mayor nivel de educación, la mayoría de la población de 65 años y más tiene relativamente baja escolaridad (característica que va diluyéndose en el tiempo con la renovación por contingentes más instruidos). El nivel de instrucción de los adultos mayores es un factor que condiciona en gran parte su estilo de vida. Entre otras cosas, implica desventajas en la relación individual con el entorno material y humano, dificulta el acceso a la información y a los servicios, e influye en la atención de la salud como factor determinante en la respuesta a ciertos factores de riesgo (atención a dolencias leves, consumo de alcohol y tabaco, cuidados personales etc.). La salud en la vejez es el reflejo de agentes intervinientes en toda una vida, que van desde factores incontrolables como la herencia genética, pasan por condicionantes socioeconómicas como las oportunidades de educación y trabajo, y llegan hasta la participación personal en los hábitos de salud y el estilo de vida. De esta manera, las condiciones de salud en la vejez están en gran parte determinadas por la historia familiar, socioeconómica y cultural del individuo. Y muestra la necesidad de trabajar no sólo con los adultos mayores sino también con su entorno familiar y social.

Para los adultos mayores el acceso a los servicios de salud reviste gran relevancia, pues el riesgo de estar enfermo es mayor en estas edades. Bajo diferentes formas de

⁹⁶ La población uruguaya en área rurales es escasa -el 8% de la población total habita en áreas rurales-

atención, la mayoría de la población adulta mayor declara tener cobertura de salud; sin embargo, según los datos considerados en el apartado de demografía, un 6 % de la población de 65 años y más manifiesta no tener cobertura total de salud. Aunque ello no signifique necesariamente un desamparo, refleja sí ciertas dificultades de acceso al sistema, lo que se acentúan más si se asocia a problemas económicos que disminuyen las posibilidades de cubrir los costos de atención. Las desigualdades socioeconómicas se destacan pues como eje clave para el análisis, evidenciando que la concepción de vejez difiere en relación con las condiciones materiales de vida, ya que llegar a la vejez no tiene el mismo sentido al considerar las condiciones materiales en que ello se desenvuelve. Y en lo que respecta a la nuestro país, si bien el número de personas que se encuentran bajo la línea de pobreza ha ido descendiendo, aún persisten pensionistas y jubilados cuyos ingresos no superan los mil quinientos pesos mensuales⁹⁷. Es reconocible que se han realizado esfuerzos por superar esa situación pero aún muchos uruguayos que transitan la tercera edad sufren las consecuencias de no contar con dinero suficiente para poder acceder a determinados servicios y beneficios⁹⁸, lo que contribuyen a relegar la condición del anciano y su lugar dentro de la sociedad. Estos aspectos han signado sus vidas y relaciones, ya que pobreza y carencias no están vinculadas sólo a la dimensión económica, sino también a otras de igual importancia, que hacen al “mundo de la vida cotidiana” y sus trayectorias de vida (Rozas, M. 1996)

Por ende, entender las vivencias e inquietudes de quienes envejecen, en tanto aspectos del envejecimiento en nuestra sociedad, implica para el Trabajador Social realizar una mirada con diversos énfasis y perspectivas en relación con cada situación, teniendo presente que las demandas, las posibilidades y formas de gestionar recursos, de ejercer derechos, etc. son diferentes según el sujeto de que se trate. Propiciar esta mirada requiere asimismo concebir a las personas adultas mayores no sólo como receptores de acciones sino como sujetos activos, gestores de iniciativas, capaces de protagonismo en la definición de sus intereses. Por ello, agrego como importante al organizar nuestro trabajo con tercera edad, el estudio objetivo de necesidades e intereses de la población con la que vamos a trabajar en cada situación, y las construcciones subjetivas que la propia población objetivo

⁹⁷ Sixto Amaro, representante de Onajpu (Organización Nacional de Jubilados y Pensionistas del Uruguay), en entrevista del 17 de Julio en el programa “Camacúa y Reconquista”, espacio radial del sindicato de Aebu (Asociación de Bancarios del Uruguay), señaló que hay 76.800 jubilados y pensionistas del BPS (Banco de Previsión Social) que ganan menos de \$ 1.500 por mes; hay 172.000 que ganan menos de \$ 3.000 pesos por mes, y 420.000 que ganan menos de \$ 5.000 pesos por mes .

⁹⁸ Las condiciones de pobreza de los adultos mayores plantean una realidad con agravantes en cuanto a las carencias de su vida cotidiana. Esto teniendo en cuenta la necesidad de contemplar ciertas singularidades, pues sus necesidades van cambiando con el proceso de envejecimiento (salud, medicación, nutrición, higiene, accesibilidad edilicia).

realiza, para presentar ofertas acordes con las demandas concretas del grupo destinatario (evaluándolas con ellos y no para ellos). Con relación a ello, Rozas señala que el concepto “necesidad” debe vincularse a la base material que lo origina, pero sin descuidar su carácter cualitativo como parte de la realización individual y colectiva. Subraya sí la naturaleza social de las necesidades, ya que responden a determinantes económicos, políticos, culturales, por lo que reducir las necesidades a un problema individual es ocultar su verdadera naturaleza. Aún admitiendo que hay necesidades que corresponden al orden de la subjetividad y que se traducen como deseos, la autora señala que los deseos también están fuertemente imbricados con las posibilidades que los individuos tienen para satisfacer las necesidades.

Como estrategia de intervención, Rozas propone el concepto de “campo problemático”, diferenciándose de aquellas posturas que tienen una mirada estática de la realidad, mediante una propuesta que considera no sólo la situación personal del individuo sino el origen estructural de los problemas sociales. Definirlos y enfrentarlos supondrá entonces examinar la organización de la sociedad como un todo; es decir, trascender el ámbito del individuo y de sus relaciones inmediatas, para proyectarse al ámbito social.

Considerando la propuesta de Rozas, señalo pues que más que a un problema aislado, nos enfrentamos a situaciones problemáticas en las cuales se presenta una gama de problemas; es decir, un problema social nunca esta sólo, sino estrechamente vinculados con otros. El problema social es una realidad compleja, la complejidad es esencial a su naturaleza, y por tener origen estructural, los problemas poseen la característica de interdependencia entre ellos. Dicha complejidad impone la necesidad de un fluido intercambio y atención a la dinámica del contexto. Considerar los contextos específicos en los que cada situación se construye, como marco de referencia y base de análisis para comprender sus singularidades⁹⁹, a la vez que una búsqueda de alternativas ante diferentes necesidades y situaciones problemáticas que viven los adultos mayores, relacionadas con sus condiciones de vida¹⁰⁰.

Las nuevas condiciones productivas y los cambios en la composición familiar han influido determinando un cambio en el lugar que socialmente se le asigna a los adultos

⁹⁹ Una interpretación dinámica de la realidad implica intercambios permanentes con un contexto social cambiante y determinante.

¹⁰⁰ En lo que respecta a nuestro país cabe señalar entre otros sucesos, que la década del 80 marcó el comienzo del proceso de reorganización de las relaciones políticas y económicas, tanto internacionales como nacionales, las que se reacomodan siguiendo los lineamientos y criterios de orientación neoliberal. Ello implicó, entre otras consecuencias, que los recursos destinados a solucionar “problemas sociales” fueran reducidos; dicha reducción fue acompañada por criterios de selectividad y focalización de los destinatarios de los programas sociales. Los recursos sociales públicos son entonces direccionados hacia ciertos sectores específicos y de esta manera el principio de universalidad, orientador del Estado de Bienestar, es sustituido por el de focalización.

mayores en nuestro país; a ello se agrega que los estereotipos mediatizan la visión que la sociedad tiene sobre la vejez. Ello influye en la autopercepción de los adultos mayores y es condicionante en su vida cotidiana. En la cultura capitalista prevalece la idea de que los ancianos no son productivos; el lugar ocupado en la cadena productiva es fundamental para la valoración social, y jubilarse es un hecho importante que conlleva cambios significativos en la cotidianeidad de la persona. Al jubilarse la persona deja de estar regida por la distribución del tiempo establecida por el trabajo, que regulaba los ciclos cotidianos. Y si vinculamos esos cambios a las determinantes de género, los cambios se presumen más difíciles para los hombres, especialmente al considerar la atribución de roles prevaleciente en anteriores generaciones.

En lo que respecta a las relaciones familiares, es oportuno también destacar ciertos cambios; la reducción del número de hijos y la polarización de la familia en la pareja conyugal, incide en el rol social y afectivo que ejerce el anciano sobre la estructura familiar. Se señaló anteriormente que si bien la ganancia en la esperanza de vida hace posible la convivencia de hasta cuatro generaciones, el porcentaje de adultos mayores viviendo con hijos decrece rápidamente. En la población de 65 años y más de edad predominan los hogares unipersonales y las parejas sin hijos, que representan el 55% del total de hogares particulares urbanos (Damonte: 1999). Y en lo que respecta a los hogares unipersonales, el género marca diferencia; en tal sentido 8 de cada 10 personas de 65 años y más que viven solas en áreas urbanas son mujeres. Esta desigualdad entre los sexos se incrementa a partir de los 85 años, edad a la cual la proporción de mujeres viviendo solas llega al 81% (Damonte: 1999). Esta condición¹⁰¹, ligada a la menor participación económica de las mujeres¹⁰² y a los mayores índices de analfabetismo, incide en una mayor desventaja al considerar condiciones socio – económicas y condiciones de vida.

Escaso es el conocimiento acerca de las condiciones de vida de aquellos adultos mayores que viven solos. Probablemente las mismas difieran sensiblemente entre hombres y mujeres: estilos de vida, independencia física y económica, relaciones familiares, gastos en alimentación y salud, discapacidad etc. El conocimiento acerca de estas características es necesario al momento de plantearse estrategias de trabajo e intervención. A ello se agrega la necesidad de considerar las motivaciones que llevan a esa situación, y que pueden encontrar explicación (entre otras situaciones) debido a la carencia de familiares y amigos, pasando por el deseo de privacidad e independencia, hasta un mecanismo de defensa propio del envejecimiento como lo es el aislamiento, que permite al individuo adulto mayor

¹⁰¹ La situación de vivir solos se transforma en riesgo, considerando por ejemplo la dificultad de recibir asistencia inmediata ante situaciones de crisis.

¹⁰² Véase Capítulo Primero.

encarar conceptos y vínculos que, de otro modo no podría tolerar (Damonte, 2000). Independientemente de la circunstancia que lleva a la persona a vivir sola, cuando la edad avanza se transforma en un riesgo y un problema que afecta tanto a la familia como a la sociedad.

Resulta entonces fundamental considerar los múltiples aspectos que determinan las condiciones de vida. A ello se agregan las inquietudes, vivencias y motivaciones que fundamentan las prácticas cotidianas de los adultos mayores; por eso es también importante (como anteriormente se señaló) que el Trabajador Social, al momento de pensar la intervención, sea capaz de captar cuál es el sentido de la acción de los sujetos, sobre todo referido a la lectura que ellos realizan sobre sus necesidades. De allí la importancia de considerar vivencias, conocer lo que piensan y sienten las personas con quienes trabajamos, teniendo en cuenta cómo viven subjetivamente las necesidades y problemáticas que los afectan en su vida cotidiana. Reconocer cuáles son sus necesidades y demandas, a la vez que se sitúan esos planteos dentro del contexto sociocultural, es decir, en el entorno en el cual ese proceso ocurre. Se presenta así el desafío de considerar nuestra intervención planteando su particularidad en articulación con la totalidad social; esto abre la posibilidad a prácticas que reconociendo la especificidad, alcancen un entendimiento integral, totalizador, que pretende dar cuenta de la complejidad social, para explicar las razones de emergencia de esas situaciones específicas.

CONSIDERACIONES FINALES

Creo necesario reconocer y prestigiar el lugar del diálogo, del consenso, es decir, no meramente de la explicación sino del fortalecimiento conjunto de las posibilidades de acción. Es importante que al tomar decisiones se considere la opinión de los afectados, y es elemental que los propios interesados tengan también la iniciativa de involucrarse y expresarse, para ganar y defender sus espacios¹⁰³.

Sin embargo, más allá de todo lo dicho en cuanto a la necesidad de participación (y sin que las próximas apreciaciones lo contradigan) considero también preciso señalar (en cuanto a la labor profesional, y en lo atañe al Trabajo Social) que no basta con promover y fortalecer espacios de protagonismo para la tercera edad. Proclamar ello como “la solución” a los problemas de la tercera edad considero no es una propuesta real. Delegar a su responsabilidad la resolución y concreción de sus demandas, puede conducir a una mera declaración de buenas intenciones. Nos enfrentamos a un sector de la población heterogéneo, con múltiples complejidades, por lo que los profesionales debemos ser capaces de reconocer sus condicionantes, para poder atender a la gran diversidad de necesidades de los adultos mayores; y hacer esto a la vez que se escuchan sus opiniones e intereses (sin subestimarlos como sujetos).

Promoción y asistencia¹⁰⁴, dos aspectos de nuestra labor que considero no deben ser contrapuestos. Asistencia no tiene que significar un sinónimo de dependencia, ni representar un paternalismo o infantilización en la atención del adulto mayor que refuerce supuestas limitaciones en los ancianos. De ser así, el anciano es percibido como un objeto y no como un sujeto. Por ello al organizar propuestas dirigidas a los adultos mayores, es importante poder plantearse objetivos claros y realistas, que tengan en cuenta sus necesidades más urgentes, los aspectos que implican dificultades y aquellos que suponen potencialidades, posibilidades a desarrollar y fortalecer. También sus intereses, opiniones, inquietudes manifiestas o latentes leídas desde una perspectiva social y compleja.

Reconozco además ante la diversidad de posibles demandas, la existencia de un sector de la tercera edad que se posiciona desde una postura activa¹⁰⁵, reclamando espacios

¹⁰³ La participación no puede ser considerada como un favor, o como un producto de la tolerancia pública o institucional, sino como un derecho que también implica responsabilidades.

¹⁰⁴ Marco la diferencia respecto a una perspectiva “asistencialista”.

¹⁰⁵ Entiéndase por ello a la integración de agrupaciones sociales, políticas, culturales, de trabajo en defensa de los espacios y derechos de la tercera edad.

de protagonismo más allá de las acciones ofrecidas desde una perspectiva asistencialista¹⁰⁶. Hago mención entonces a un trabajo de promoción que dignifique a la tercera edad como tal, basándose en sus inquietudes y rescatando sus potencialidades, actuando como sujetos activos en los procesos que les incumbe, y no como meros receptores pasivos. Es decir, reconocer al “otro” como sujeto individual y colectivo, promoviendo que el adulto mayor se reconozca como sujeto de derecho (que conoce sus derechos y esté en condiciones de efectivizarlos); promoviendo asimismo su participación y protagonismo en el diseño y la ejecución de proyectos, haciendo énfasis en el fortalecimiento ciudadano y en procesos democráticos. Ello implica concebir a las personas adultas mayores no sólo como sujetos receptores de acciones sino como ciudadanos, como sujetos activos en su sociedad, gestores de iniciativas con responsabilidades y protagonismo en la definición de sus intereses. Al respecto, y en lo que corresponde a nuestro país, se destaca como importante el hecho de que los adultos mayores se conforman en agrupaciones organizadas y elegidas por los propios participantes¹⁰⁷ (y no como una suma de individuos agrupados por otros).

La acción, la participación, el mayor o menor protagonismo en diferentes realidades dependerá de los intereses de los implicados. Pero reitero en lo que respecta a nuestro trabajo con tercera edad, que este puede plantearse desde una perspectiva de promoción y no meramente desde el asistencialismo. Promoción dado el reconocimiento de las posibilidades reales de las personas mayores para mantener un papel activo y creativo en el sistema social, su aporte como ciudadanos con reivindicaciones que les atañen y pueden repercutir incluso en beneficio de aquellos integrantes de la tercera edad más desfavorecidos. Es sobre la base de estas desventajas y dificultades que frecuentemente se generaliza la necesidad de una atención asistencialista para toda la tercera edad.

Destaco entonces la opinión de que algunas propuestas llegan a “encorsetar” al adulto mayor, generalizando o focalizando algunos aspectos relativos a la vejez sin considerar la experiencia en su complejidad, extrapolar interpretaciones sin tener en cuenta la opinión de los interesados. En la medida que se desconocen las inquietudes e intereses de los adultos mayores, decidiendo por ellos qué es mejor para sus vidas¹⁰⁸, se van restando posibilidades de participación a la vez que se va menoscabando la autoestima

¹⁰⁶ Netto (1987) señala que para trascender la singularidad que caracteriza a la vida cotidiana, el hombre necesita superar la “tendencia al pragmatismo”, y organizar sus esfuerzos en dirección a un proyecto que prevalezca frente a los intereses inmediatos y particulares.

¹⁰⁷ Desde el periódico “El mundo al revés”, edición web, se señala que “Los jubilados están divididos en dos organizaciones. La Organización Nacional de Jubilados y Pensionistas (Onajpu) tiene una posición más cercana al gobierno, y la Coordinadora de Jubilados y Pensionistas del Uruguay está enfrentada con la administración”. (artículo “Las medidas de lucha” aparecido el 26.09.2007)

¹⁰⁸ Lo cual considero es común en relación con las personas de tercera edad, tanto por parte de los familiares, los funcionarios de instituciones públicas y privadas, profesionales, etc

de la persona y del colectivo (creo que en la medida en que las personas son privadas de su posibilidad de la autodeterminación, la autoestima se va perdiendo... pero ello sería objeto de otras reflexiones que superan el análisis propuesto para el presente trabajo).

Destaco asimismo la importancia y lo positivo que resulta la búsqueda de canales de participación social, cultural, recreativa para la tercera edad. El tema es desde que visión se encaran esas actividades. Por ello pondero especialmente meritorias aquellas propuestas capaces de trascender prejuicios, y que sin derivar en un planteo 'políticamente correcto'¹⁰⁹, posibilitan a los propios adultos mayores la definición de sus propuestas. Por ende, en lo que respecta a nuestra profesión, es significativo al intervenir, escuchar a los viejos y no tratarlos como objetos que requieren de nuestra atención.

¹⁰⁹ Propuestas de envejecimiento "juvenil" que pueden derivar incluso en un activismo sin sentido real para los interesados

BIBLIOGRAFÍA

- Allport, Gordon “La naturaleza del prejuicio” Editorial Eudeba, Buenos Aires, 1968
- Aranibar, Paula “Acercamiento conceptual a la situación del adulto mayor en América Latina” Proyecto Regional del Fondo de Población de las Naciones Unidas (FNUAP) Santiago de Chile, 2001
- Barros, L. “Aspectos sociales del envejecimiento” Washington, OPS – Publicación Científica, 1994
- Corporación AÑOS, “Adulto mayor , ciudadanía y organización social” Instituto de Normalización Provisional, Santiago de Chile, 1999.
- Damonte, Ana – Fuentes, Alvaro “Envejecimiento demográfico y su impacto sobre la salud”, Convenio de Cooperación Técnica CEPAL (Oficina Montevideo) y Gobierno de la República Oriental del Uruguay (Ministerio de Salud Pública), Montevideo, Uruguay, Abril 2000
- Damonte, Ana “Uruguay: Envejecimiento demográfico y salud”, CEPAL (Oficina Montevideo), Uruguay, Febrero 1999
- Damonte, Ana “Género y población adulta” Instituto Nacional de la Familia y de la Mujer, Uruguay, Julio 1997
- De Martino, Mónica “Políticas Sociales y Familia” Revista Fronteras N° 4, Departamento de Trabajo Social, Montevideo, 2001
- Eco, Umberto “Cómo hacer una tesis”, Editorial Gedisa, Barcelona, 1989
- Engler, Tomás y Martha Peláez. 2002. “Pasos hacia una nueva cultura y praxis del envejecimiento”, Banco Interamericano de Desarrollo, Washington DC, 2002
- Foster, Geroge “Las culturas tradicionales y los cambios técnicos”. Fondo de Cultura Económica, México, 1966
- Iamamoto, Marilda “Servicio Social y División del Trabajo” Editorial Cortez, Brasil, 1992

- Herskovits, M. "El hombre y sus obras" Repartido de Antropología I, México, 1969
- Mazzotti, Mariela "Principios operativos en Trabajo Social", Ciclo Básico, Facultad de Ciencias Sociales, Montevideo, 1992
- Montaña, Carlos "La naturaleza del Servicio Social" Editorial Cortez, Brasil, 1998
- Muñiz, Serrana "El lugar que ocupa el anciano en la Sociedad Uruguaya" Departamento de Trabajo Social - Facultad de Ciencias Sociales, Montevideo, 2000
- Netto, José Paulo "Capitalismo monopolista y Servicio Social", Editorial Cortez, Brasil, 1997
- Netto, José Paulo – Yamamoto, Marilda "Metodología y Servicio Social", Editorial Cortez, Brasil, 2000
- Netto, José Paulo "Cotidiano: Conocimiento y Crítica" Editorial Cortez, Brasil, 1987
- Paredes, Mariana (a) "Adultos mayores en transición: una generación frente a la vejez" Proyecto Género y Generaciones, Trilce, Montevideo, 2006
- Paredes, Mariana (b) "Escenarios futuros en políticas de vejez en Uruguay: continuidades y rupturas", CEPAL, Montevideo, 2006
- PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo) "Desarrollo humano en Uruguay", Uruguay, 2005
- Plan de Estudios de la licenciatura de Trabajo Social. Facultad de Ciencias Sociales – UdelaR, Uruguay, 1992
- Rozas, Margarita "Una perspectiva teórica metodológica de la intervención en Trabajo Social" Editorial Espacio, Argentina, 1998
- Sánchez, Carmen Delia "Trabajo Social y Vejez" Humanitas, Buenos Aires, 1990
- Young, Kimball "El prejuicio social" Editorial Paidós, Buenos Aires, 1953

FUENTES DOCUMENTALES

- El Mundo al Revés, edición Uruguay, Artículo “Aumentan las medidas de lucha en el sector público”, www.elmundoalreves.org , 29/9/07
- Ortiz de la Huerta, Dolores “Aspectos sociales del envejecimiento” <http://www.facmed.unam.mx/deptos/salud/aspectos.htm> , 2006.
- Perez, Fabiana “Psicología de la Vejez” <http://www.mundomatero.com/mujer/vejez.html>
- Rozas, Margarita “Algunas reflexiones sobre la investigación, intervención y sistematización en Trabajo Social” http://espanol.geocities.com/tsocial1/tsocial/temas_en_debate.htm, 2006
- Viguera, Virginia “Prejuicios, mitos e ideas erróneas acerca del envejecimiento y la vejez”, Web Site <http://www.psiconet.com/tiempo/educacion/prejuicios.htm>, 2004